

J. Manuel Rubio  
y colaboradores

PSICOLOGÍA  
JURÍDICA-FORENSE  
Y PSICOANÁLISIS

*Letra  
Viva*

Rubio, Juan Manuel y colaboradores

Psicología Jurídica-Forense y Psicoanálisis – 1° ed. – Buenos Aires – Letra Viva, 2010.

598 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-649-280-9

1. Psicoanálisis. I. Título

CDD 150.195

Edición al cuidado de LEANDRO SALGADO

© 2010, Letra Viva, Librería y Editorial  
Av. Coronel Díaz 1837, (1425) C. A. de Buenos Aires, Argentina  
[www.letravivalibros.com](http://www.letravivalibros.com) | [info@imagoagenda.com](mailto:info@imagoagenda.com)

Por contactos con el autor: [rubjuanmanuel@gmail.com](mailto:rubjuanmanuel@gmail.com)

Diseño de portada: Juan Pedro Rubio  
Fotografías de portada: "Jüdisches Museum Berlin" por Juan Pedro Rubio

Primera edición: Abril de 2010

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra bajo cualquier método, incluidos la reprografía, la fotocopia y el tratamiento digital, sin la previa y expresa autorización por escrito de los titulares del *copyright*.

## CAPÍTULO 10

# POSICIONES SUBJETIVAS Y LEY DEL PADRE

SUMARIO: I. Importancia del *quién*. II. Delimitación del concepto. II.A. Lectura de la posición. II.B. Posición y falta en ser. II.C. Posiciones y estructura de lo inconsciente. III. Posición subjetiva neurótica. IV. Posición subjetiva perversa. V. Posición subjetiva psicótica.

Sintetizando lo trabajado en el capítulo anterior, el campo psicopatológico se constituye en el momento en que somos consultados, sea por la persona que padece en concreto, por su núcleo primario o por algún representante social que detecta la situación calificándola como de emergencia. Si describimos su fenomenología, el primer dato es que este campo se constituye en la aceptación de esa demanda, por tanto, en un encuentro entre quien consulta y quien acepta a la misma. En este encuentro vamos a atender a la realidad de aquel que consulta, donde la preocupación va a estar centrada en la verosimilitud de lo que ocurra –ya que no nos centraremos en una verdad abstracta–, por lo tanto, tendrá las características propias de la inexactitud. En este encuentro, es el diálogo con el otro lo que se destaca, donde tejemos una textura que se convierte en el centro de nuestro interés y al que llamamos texto, cuyo estudio lo realizamos predominantemente desde la semiótica y desde la semántica. El abordaje de este texto, configurándolo en campo psicopatológico ha sido realizado desde dos actitudes, la de la Mirada –que en realidad es sólo semioló-

gica y nosotáxica<sup>1</sup>— y la de la Escucha<sup>2</sup>. A este campo constituido, como a todo texto, vamos a leerlo, y la posibilidad que ofrece es la de brindarnos datos —lectura informativa—; más, si tomamos un referente externo al mismo, vamos a poder interpretarlo apareciendo lo “más allá desconocido” —lectura hermenéutica— y podemos aún cuestionarlo al texto mismo para buscar en él un sentido/ sin-sentido —lectura mayéutica—.

## I. IMPORTANCIA DEL “QUIÉN”

Para avanzar en el tema vamos a centrarnos en este capítulo en *el quién* está presente en ese encuentro, que, insistimos, se termina de constituir con la actitud que asumamos ante él, según el modo de respuesta que damos a la demanda que recibimos. Para ello vamos a tomar dos breves situaciones: una problemática de diagnóstico dada en el fuero penal y una en el ámbito de familia.

Menciono algunos datos de un informe pericial sobre un acusado de asesinato, en un caso con gran difusión pública, donde las frases son textuales, aunque no se presenta toda la redacción original:

“Comportamientos y acciones desadaptativas”, “una estimulación cultural precaria y una defectuosa estructuración de la conciencia moral”, “rasgos psicopáticos”, “rasgos esquizotímicos”, “conflictos neuróticos no resueltos”, “tendencias depresivas con crisis de angustia”, “incapacidad para establecer lazos afectivos responsables y duraderos”.

Rescatemos los conceptos que están presentes en este breve párrafo: comportamientos, acciones, estimulación, estructuración, rasgos, tendencias, conflictos, crisis, incapacidades. Por lo que hemos visto, en capítulos anteriores, cada una de estas palabras se articula en una concepción según los supuestos de los que se partan, por lo que, juntarlas en un mismo informe puede ser incluso contradictorio, aunque desde el sentido común el texto presenta un sentido comprensible. Una segunda cuestión: suponiendo que aceptamos *el qué* de lo que presenta, lo cual también es difícil ya que psicopático, esquizotímico, neurótico, depresivo y con crisis de angustia puede presentar dificultades de diferenciación, pero aún así, ¿tenemos alguna idea sobre *quién* es periciado? Si desde el campo de la Mirada sólo basta *el qué*, y para los profesionales que se manejan en él alcanza —ya que no les importa captarlo como sujeto de lo inconsciente ni en su proceso de personalización—, cuando partimos desde el

1. Ver el capítulo 9.  
2. Ver el capítulo 3.

campo de la Escucha el planteo es diferente, es fundamental la pregunta por *el quién*.

Tomemos otro ejemplo, esta vez del ámbito de familia. Una pareja tiene un divorcio conflictivo y el escenario donde se despliega la pelea es el de la distribución de los bienes materiales. Con la ilusión de que podía “calmar” la “furia” de su ex-cónyuge, él accede a que ella “se quede” con la casa, el auto y la mayor parte de los ahorros que tenían. Ella recibe todo esto y luego pide más mensualmente “porque la cuota alimentaria para los hijos era insuficiente”, así como “revienta” todos los ahorros —que no eran pocos— para “reventarlo” a él que es la causa de todos sus males. Ante tal situación, ¿basta el diagnóstico de un trastorno de personalidad —*el qué*—, o importa el lugar que cada uno le da al otro en su vida y cómo desde la relación fantasmática vivida, donde importa ese lugar otorgado, organiza la suya —*el quién*—, ya sea: calmar a “la loca para que no le haga imposible la vida” o “reventar al que le arruinó la vida”? La responsabilidad de los profesionales que intervienen —juez, abogados, psicólogos, trabajadores sociales...— no es menor, ya que está en juego no sólo la suerte de estos dos seres sufrientes, que en última instancia son “mayores capaces civilmente”, sino que también está en juego la vida de los hijos, donde los bienes materiales a su disposición también colaboran a su bienestar, pero, en especial, el modo en que se esclarezca la separación de los padres —que marca cómo habría sido el modo de constitución de la pareja<sup>3</sup>— puede ser muy importante también para ellos.

Cuando es la toma de decisiones rápidas la tarea del profesional, ya sea sancionar, internar, enseñar una conducta normatizante, medicar, etc, suelen buscarse signos patognomónicos que permitan facilitar su labor, aunque esto sea con un pensamiento dinámico y tal signo sea el uso de un mecanismo inconsciente único. Sin embargo, requiere detenerse en una lectura del texto que le es presentado —que es construido entre ambos—, ya que, por ejemplo, casarse, agredir a otro, sufrir un accidente, pueden catalogarse desde un código y derivarlo a familia, a sanción penal, a resarcimiento por daño o sospecha de suicidio, pero la pregunta es ¿cuál es el compromiso subjetivo en tal situación? *Valorar lo que hizo desde la norma, en tanto conducta social que se describe, no es equiparable a por qué lo hizo esta persona, qué significa en su vida esa acción.* Tener en cuenta esto último es muy importante para decidir la conducta que se tome respecto a ella.

3. Ver la noción de originario y originante en el capítulo 21 sobre el fuero canónico.

## II. DELIMITACIÓN DEL CONCEPTO

La primera cuestión que se plantea es que, si bien el estudio exhaustivo debe serlo del caso –modelo ideográfico–, se requieren normas diagnósticas generalizables para muchos casos –nomotético– para poder comunicarnos y que sirva a la tarea. Al final del capítulo anterior la propuesta fue el estudio de las *flexiones mórbidas de la personalización*. Tomaremos ahora otro camino al preguntarnos por el sujeto de lo inconsciente según lo ya trabajado más arriba<sup>4</sup>. Esto implica que necesitamos delimitar el concepto que vamos a emplear, así como anticipar que, cuando describamos las distintas posiciones subjetivas, puede parecer que faltan descripciones de “cuadros clínicos” conocidos. Se verá en el transcurso del capítulo, pero desde ahora anunciamos que, como es otro el modo de abordar el tema, no quedan afuera algunas demandas que nos son hechas, sino que el modo de ordenarlas es diferente, empleando para ello la nominación de: las neurosis, las perversiones y las psicosis. Como se verá, no responden a las descripciones clásicas de las mismas, y se llevará adelante al trabajarlas, una lógica que esperemos sea posible de explicitar y aprovechar.

### II. A. Lectura de la posición

En la búsqueda de elementos y de una terminología acorde, hagamos una primera aproximación:

La estructura clínica no es un código de lectura, sino una condición de legibilidad. Establece una selección entre los elementos clínicos, no en función de sus significaciones, siempre singulares, sino de sus relaciones, tiempo incluido. Las estructuras clínicas son variedades de tipos clínicos estructuradas por las relaciones del sujeto con el deseo del Otro [...]

Por otra parte, como estas estructuras son las de la relación con el deseo del Otro, sólo se pueden localizar en el campo del lenguaje y en función de la palabra del sujeto, y más especialmente en función de una palabra dirigida al analista, que oye la enunciación detrás del enunciado. Estas estructuras se refieren por lo tanto a modalidades de transferencia.<sup>5</sup>

4. Ver capítulos 4, 5 y 6. Tramaremos nuestra reflexión con lo trabajado por Juranville, A en Lacan y la filosofía, Nueva Visión. Buenos Aires. 1992, en especial puntos 31, 32, 33 y el capítulo V. También tomamos un seminario inédito dictado por Harari, R. en 1988 con el título Neurosis, psicosis, perversión, sublimación: estructuras, puntuaciones, del cual existe una desgrabación disponible en Mayéutica-Institución Psicoanalítica.

5. Porge, E. J Lacan, un psicoanalista, Ed. Síntesis. Madrid. 2001. pág. 45 y 46.

Porge conserva la terminología de “estructura clínica” que no vamos a emplear, pero sí remarquemos que apunta a que se trata de “condición de legibilidad”, tal como venimos trabajando, con el acierto de: se puede conservar la singularidad –de significaciones– y la generalidad en los modos de establecer las relaciones. Rescata para ello una noción que mencionáramos desde Charcot al estudiar la Mirada, la de “tipos clínicos” –a partir de los síntomas psiquiátricos–, aunque utilizada en otro contexto –también la usan Freud y Lacan–, por lo tanto es diferente. Lo que define a estas estructuras se encuentra en cómo el sujeto se relaciona con el deseo del Otro, deseo desde donde se constituyó y que es tal, tanto por la estructura significativa, como por la falta, organizada por el modo de vérselas con la castración. Esto permite ubicarnos en el segundo párrafo citado donde, lo que cuenta es “la palabra del sujeto”, en tanto está “dirigida a”, en este caso al analista, por lo tanto, tales estructuras son “modalidades de transferencia”. Esto es posible si el analista es capaz de escuchar la enunciación presente en tal habla del sujeto, donde se despliega su relación con el deseo del Otro; pensando desde el síntoma, este sólo será completo cuando es leído. Una primera puntuación:

- Condición de legibilidad (selección desde las relaciones)
- Modo de relación del sujeto con el deseo del Otro (tipo)
- Palabra del sujeto dirigida a
- Posibilitada por quien escucha la enunciación
- Modalidades de transferencia

Queda explícito que Porge está trabajando a partir de la enseñanza de Lacan. Tomemos algunas notas de éste último que nos permitan avanzar en la terminología<sup>6</sup>.

[...] –nada se centra convenientemente más que desde la posición del sujeto– para la que la articulación del análisis, al partir del deseo, permite ilustrar de ello. Posiciones subjetivas, por tanto ¿de qué? Si me fiasse de lo que se ofrece, diría: las *posiciones subjetivas de la existencia* [...] Desgraciadamente, esto sólo nos permitirá una aplicación rigurosa al nivel del neurótico [...] Por eso diré las posiciones subjetivas del ser<sup>7</sup>.

Lo que era la relación del sujeto al deseo del Otro, ahora recibe una precisión, se trata de una posición, una actitud, un modo de estar –tomar

6. Como en Lacan no hay una única concepción al respecto, y no es este el espacio para periodizar su obra, dejemos sentado que hacemos una lectura parcial y direccionada.

7. Lacan, J. Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Barral Ed. España. 1977. pág. 151.

lo que por el significativo está golpeado por esta caducidad esencial don-  
de se puede articular en el significativo mismo esa falta en ser de la cual el  
introduce la dimensión en la vida del sujeto<sup>12</sup>.

Dada su importancia, ya fue trabajado en otro capítulo el concepto de  
falo que está ubicado como eje en la cita, por lo tanto ahora aprovechemos  
su valor para captar las posiciones subjetivas. Es muy claro al respecto el co-  
mienzo mismo del escrito que le dedica, teniendo en cuenta que hablar de  
falo es hablar de castración, en una lógica donde no hay uno sin la otra.

Es sabido que el complejo de castración inconsciente tiene una función  
de nudo.

1ro. en la estructuración dinámica de los síntomas en el sentido analítico  
del término, queremos decir de lo que es analizable en las neurosis, las  
perversiones y las psicosis;

2do. en una regulación del desarrollo que da su *ratio* a este primer papel:  
a saber la instalación en el sujeto de una posición inconsciente sin la  
cual no podría identificarse con el tipo ideal de su sexo, ni siquiera res-  
ponder sin graves vicisitudes a las necesidades de su *partenave* en la  
relación sexual e incluso acoger con justeza las del niño que es pro-  
creado en ellas<sup>13</sup>.

Si lo pensamos en clave freudiana donde lo que está en juego es el com-  
plejo de edipo, como un nudo de relaciones de varios conceptos, tendra-  
mos que tener en cuenta: falo, castración, función del padre, madre falli-  
ca, equivalencias simbólicas, sexualidad femenina, identificaciones, narcis-  
sismo, ideales, superyo, fétiche. Pero, el orden dado por Lacan cambia la  
prioridad, al edipo lo considera un mito propio de las neurosis, poniendo  
en primer lugar al complejo de castración en tanto nudo, siendo el com-  
plejo de edipo ya una posible respuesta a este Otro. Su alcance no abarca  
sólo lo patológico, punto 1ro, sino que también le da la razón –*ratio*– de  
ser al desarrollo, lo regula.

- Estructuración dinámica de los síntomas
- Asumir una posición inconsciente

En cuanto a lo primero, es desde la castración desde donde toman es-  
tructuración dinámica los fenómenos –llamados acá síntomas– propios

12. Lacan, J. Seminario 5 Las formaciones de lo inconsciente. Con modificación corres-  
ponde a la pág. 473 de la versión de Paidós, Buenos Aires, 2001.  
13. Lacan, J. "La significación del falo" en Escritos II, obra cit. Pág. 665.

posición–, con la actividad que esto implica en tanto poner –sentar posi-  
ción–, no sólo por ocupar la posición –social que le vino dada–. Tal po-  
sición es subjetiva, entendido al sujeto como adviniente, no como un sus-  
trato, sino como resto de la operación de constitución. El maestro fran-  
cés se pregunta: posición subjetiva "¿de qué?", dando dos alternativas, la  
primera es de la existencia, descartándola porque quien se cuestiona por  
la condición de su existencia es el neurótico, lo cual restringiría el alcan-  
ce clínico del concepto". La otra alternativa, y la opción que toma, es: *po-  
siciones subjetivas del ser*. Si muchos temas escapan a este escrito, ya la  
cuestión del ser es imposible abordarla, sólo demos algunas notas de con-  
texto desde el deseo en juego.

[...] para juzgar la cuestión del deseo si la planteamos directamente a par-  
tir del absolutismo parmenidiano, en tanto que, precisamente, él anula  
todo lo que no es del ser, el ser es, dice él, el no ser no es. Nada es, afirma  
él, de eso que no es nacido todo lo que existe, entonces, no vive más que  
en la falta en ser (manque à être)<sup>10</sup>.

## II. B. Posición y falta en ser

La problemática queda trazada en el orden de la falta que, en principio,  
es falta en el Otro, desde donde se constituye. Tal planteo lo lleva a consi-  
derar al hombre como el sujeto de la falta en ser, que surge de la relación  
que tiene al discurso<sup>11</sup>. Al respecto, un lugar central lo ocupa la muerte, de  
la cual no se tiene experiencia, por lo tanto, ¿cómo simbolizarla?

Esta simbolizada sobre ese punto y ese órgano preciso donde aparece de  
la manera más sensible, eso que es ese empuje de la vida. Por eso es el  
falo en tanto que simplemente representa la elevación de la potencia vital  
que tome lugar en el orden de los significantes, en representar para el in-  
dividuo humano en su existencia lo que está marcado por el significante,

8. Las tres primeras acepciones del DRA. "1. f. Postura, actitud o modo en que alguien o  
algo está puesto. 2. f. Acción de poner. 3. f. Categoría o condición social de cada per-  
sona respecto de las demás". Tener en cuenta la familia de poner, disponer, suponer...  
9. Juranville le critica a Freud el haber partido sólo de la neurosis en la construcción de  
varios de sus conceptos, tal vez quepa la crítica del punto de vista neurótico para el  
modo como Lacan toma a la existencia, así este otro autor toma las "estructuras exis-  
tenciales".
10. Lacan, J. Seminario 7 La ética del psicoanálisis. Con modificaciones, corresponde a la  
pág 351 de la edición de Paidós, Buenos Aires, 1986.
11. Lacan, J. Seminario 8... clase 26.

de las neurosis, perversiones y psicosis —mostrando, desde ya, cuales son las tres posiciones recortables.

El segundo punto abarca tres cuestiones en referencia a la “posición inconsciente” del sujeto: la primera cuestión es cómo se identifica con el tipo ideal de su sexo —no habla de género, pero tampoco de algo sólo dado por lo biológico—, que requiere un proceso identificatorio y una participación de las propuestas sociales de un tipo ideal; será hombre y mujer, más adelante se referirá a la posición ante el falo como sexuación. La segunda tiene que ver con la respuesta que puede dar a su *partenaire* en la relación sexual, donde le reconoce que tiene necesidades —el término es poco elaborado teniendo en cuenta como trabaja conceptualmente necesidad, demanda y deseo, pero es el que está en el texto—, reconoce la diferencia, siendo el otro ya no un espejo de sí o quien es garante de un saber, sino un prójimo. La tercera es en función del modo de paternidad en juego, pues puede acoger al niño que es procreado, lo cual no es tomado como algo natural, como cuando se habla de un instinto materno o paterno al respecto.

Si avanzamos sobre la cuestión de la existencia, no es sólo el planteárselo sino que también importan los modos de rechazar tal planteo, con las fijeza que esto trae en la vida, mostrado en el discurso singular que vamos a escuchar en transferencia. Este sujeto, que es efecto del significant, constituido desde el Otro y que se posiciona según elabora la castración, va a ocupar tal posición en un discurso al que sostendrá inconscientemente. Delimitemos estas cuestiones a través de una muy rica cita:

Pues es una verdad de experiencia para el análisis que se plantea para el sujeto la cuestión de su existencia no bajo la especie de la angustia que suscita en el nivel del *yo* y que no es más que un elemento de su séquito, sino en cuanto pregunta articulada: “¿Qué soy ahí?”, referente a su sexo y su contingencia en el ser, a saber que es hombre o mujer por una parte, por otra parte que podría no ser, ambas conjugando su misterio, y anudándolo en los símbolos de la procreación y de la muerte. Que la cuestión de su existencia baña al sujeto, lo sostiene, lo invade, incluso lo desgarrar por todas partes, es cosa de la que las tensiones, los suspensos, los fantasmas con que el analista tropieza le dan fe; y aun falta decir que es a título de elementos del discurso particular como esa cuestión en el Otro se articula. Pues es porque esos fenómenos se ordenan en las figuras de ese discurso por lo que tienen fijeza de síntomas por lo que son legibles y se resuelven cuando son descifrados<sup>14</sup>.

14. Lacan, J. “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis”. En *Escritos II*. obra cit. Pág. 531.

¿Cómo se le plantea al sujeto su existencia? A través de una pregunta “¿Qué soy ahí?”. Tal pregunta tiene dos referencias concretas, que ya las venimos trabajando: su sexo —saber que es hombre o mujer— y la contingencia de su ser —podría no ser—. Estas dos referencias participan del orden del misterio, del enigma, que se anudan en símbolos, no en cuestiones “naturales” por lo tanto, que son el de la procreación —posiblemente cerca del símbolo de la madre nutricia, vientre dador de vida— y de la muerte —tal vez el símbolo del padre simbólico, muerto—. Tal planteo se pone en juego en la transferencia —aquello “con que el analista tropieza”— como elementos del “discurso particular” —sería más propio decir singular—, articulándose “en el Otro”. Cuando hay una fijeza legible queda ésta ordenada en “figuras de ese discurso”, que se resolverá si “son descifradas” por quien lo escucha.

## II. C. Posiciones y estructura de lo inconsciente

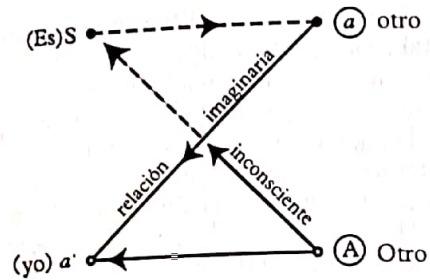
Estas figuras mostrarán los modos en que de una u otra manera es rechazada la castración, con la dificultad que esto trae en asumir el deseo que se constituye en la Ley del Padre, sabiendo que, igualmente, nunca va a haber una concordancia entre tal deseo y la demanda<sup>15</sup>. A partir de esta lógica, ¿cuántas posiciones inconscientes se recortan?

Lo inconsciente es el discurso del Otro, y el lugar del sujeto, sea neurótico, perverso o psicótico, es articulado como discurso teniendo lugar en ese Otro. El sujeto es presupuesto de tal inconsciente, siendo éste el corte en acto de tal sujeto con el Otro<sup>16</sup>. Al plantear la estructura de lo inconsciente, Lacan describe cuatro lugares que se recortan en la situación analítica, necesarios para la ordenación subjetiva<sup>17</sup>. Estos cuatro muestran precisamente la estructura significativa de lo inconsciente, como queda escrito en el esquema L, del cual recordemos una de las versiones, la que propone en el Seminario 2, o esquema Z también suele llamárselo, para ya sí abordar las distintas posiciones y una síntesis de tales lugares según el escrito sobre psicosis:

15. Ver capítulo 5 y del capítulo 6 el punto II.F.

16. Lacan, J. “Posición de lo inconsciente” en *Escritos II*... Pág. 818

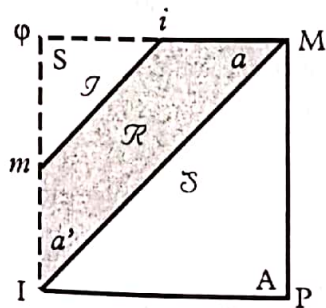
17. Lacan, J. “Kant con Sade” en *Escritos II*... Pág. 753.



En ese discurso ¿cómo se interesaría el sujeto si no fuese parte, interesada? Lo es, en efecto, en cuanto que está estirado en los cuatro puntos del esquema: a saber S su inefable y estúpida existencia,  $a$ , sus objetos,  $a'$ ; su yo, a saber lo que se refleja de su forma en sus objetos, y A el lugar desde donde puede plantearse la cuestión de su existencia<sup>18</sup>.

El sujeto está interesado, está posicionado, y se lo puede plantear como cuestión de su existencia sólo desde el lugar del Otro, A. Es desde esta estructura de cuatro lugares que Juranville propone partir para la lectura de la identificación imaginaria que se produce, donde podemos pensar las cuatro posiciones que él llama estructuras existenciales.

Cada identificación imaginaria puede fijarse en los vértices, así en la psicosis es en S, en tanto falo imaginario,  $\phi$ ; en la perversión en  $a$  -del lambda- en tanto lugar del otro primordial, M -del R-; y por último en la neurosis en  $a'$  -del lambda-, lugar el padre real, I -del R-. Queda el vértice de A, del Otro simbólico, de P, que es la identificación imaginaria posible de la sublimación, que no tiene interés en este momentos para nosotros. Para visualizar mejor este despliegue transcribamos estos lugares en el esquema R. La escritura que usa Juranville es un intermedio entre el L y el R.



18. Lacan, J. "De una cuestión preliminar..." en Escritos II... Pág. 531.

Al trabajar nuevamente el tema, Lacan propone una articulación con la que concluimos este acápite, y será utilizada en la descripción de las distintas posiciones: sujeto, saber y sexo<sup>19</sup>. Ya está implícita en el texto antes transcrito de *una cuestión preliminar...* en el punto anterior cuando la pregunta "qué soy ahí?" implica al sujeto en su saber sobre el sexo y la muerte. En la relación al Otro se trata siempre del deseo del Otro, con el que el sujeto tiene que vérselas, en el *Seminario 12* lo menciona ubicando para cada una  $a$ : la demanda, el goce y la angustia, ya trabajaremos por qué.

[...] las posiciones subjetivas del ser, del sujeto, del "Yo soy" (Je suis) de Descartes, del ser del saber y del ser sexuado, que se trata, en la dialéctica psicoanalítica y nada es allí concebible sin la conjunción de esos tres términos[...]

En el análisis existe el Otro, y nos damos cuenta del modo en el cual por relación al Otro, se plantea el problema del deseo. [...]

La demanda del Otro → Neurosis

El goce del Otro → Perversión

La angustia del Otro → Psicosis<sup>20</sup>

### III. POSICIÓN SUBJETIVA NEURÓTICA

Dada la falta en ser, propia del ser humano, es la Ley quien permite mantenerlo en su deseo, pues éste se constituye desde aquella. ¿A qué ley nos referimos? A la Ley del Padre, tal fue trabajada oportunamente, como la Ley de la castración, que enfrenta tanto con la falta como con la muerte<sup>21</sup>. Si bien es fácil de decir que no se trata de la norma, la manera en que -desde la posición del sujeto- es leída tal Ley, no es unánime, pero, esto mismo permitirá delimitar a las posiciones. Es una Ley que está desde el inicio, por lo tanto la inscripción subjetiva lo es de la modalidad que toma, pues es por dicha Ley que aparece el sujeto.

Vivir la ley como lo que prohíbe ya es una modalidad concreta, la que muestra a la posición neurótica. Ya mencionamos la existencia y sus preguntas, adentrémonos en el tema:

La neurosis es una pregunta planteada por el sujeto en el plano de su propia existencia.

19. Ver capítulo 6 punto II.C.

20. Lacan, J. Seminario 12. Problemas cruciales del psicoanálisis. (inédito) clase 18. Quedaría por desarrollar el lugar del objeto  $a$ , por donde pasa tanto la dependencia del deseo del Otro, así como la función de oposición subjetiva (Seminario 15. clase 1).

21. Ver capítulos 4 y 5.



Esta pregunta adquiere en la histeria las formas siguientes –¿Qué supone tener el sexo que tengo? ¿Qué quiere decir tener sexo? ¿Qué significa que pueda incluso preguntármelo? En efecto, por el hecho de la introducción de la dimensión simbólica, el hombre no es simplemente macho o hembra, sino que está obligado a situarse con respecto a algo simbolizado que se llama macho y hembra.

Si la neurosis está relacionada con el plano de la existencia, lo está todavía de forma más dramática en la neurosis obsesiva, en la que se trata no sólo de la relación del sujeto con su sexo, sino de su relación con el propio hecho de existir. Así, las siguientes preguntas se sitúan como obsesivas –¿Qué es existir? ¿Cómo soy con respecto a lo que soy sin serlo, ya que de alguna forma puedo dispensarme de ello, distanciarme lo bastante como para concebirme como muerto?<sup>22</sup>

Estas preguntas que el sujeto de lo inconsciente formula no están abiertas para él mismo, requieren del Otro para poder captarlas, por lo tanto, si bien se trata de un saber, *es un saber no sabido*. Como fondo de tales preguntas está siempre la relación del hombre al significante, es en ese plano donde siempre se le plantean<sup>23</sup>. Si no están abiertas en forma directa para él, ¿dónde aparecen entonces? *En su fantasma*, el cual es, según Freud, “el estadio psíquico previo más próximo” del síntoma, pero que para formularlo como tal, en general, requerirá de un trabajo de interpretación. *De lo que padece el neurótico, y eso sí lo capta, es de sus síntomas, de sus inhibiciones –síntomas en el museo– y de la sensación de la presencia del deseo del Otro que vive como angustia.*

Cabe una aclaración –en función del planteo sobre el ser al que antes hicimos referencia–, importante para la delimitación clínica:

Se trata aquí de ese ser que no aparece sino durante el instante de un relámpago en el vacío del verbo ser, y ya dije que plantea su pregunta para el sujeto. ¿Qué quiere decir eso? No la plantea ante el sujeto, puesto que el sujeto no puede venir al lugar donde la plantea, sino que la plantea en el lugar del sujeto, es decir que en ese lugar plantea la cuestión con el sujeto, como se plantea un problema con una pluma y como el hombre antiguo pensaba con su alma<sup>24</sup>.

Retomemos la problemática del *síntoma*, no nos estamos refiriendo a algo delimitado desde afuera, no es ese fenómeno que sirve para clasificar desde la Mirada, sino que nos referimos a *eso que le permite al neu-*

22. Lacan, J. Seminario 4. La relación de objeto. Paidós. Barcelona. 1994. Pág. 393.

23. Ver Lacan, J. Seminario 3. Estructuras freudianas de las psicosis. Clases 12 y 13.

24. Lacan, J. La instancia de la letra... Escritos I. Pág. 500.

*rótico preguntarse en su ser*. Padece de un pensamiento que lo incomoda, de un miedo ante una situación concreta, de una molestia corporal que le aparece en momentos que le permiten asociar. Algo lo pone mal, pero si bien lo vive como ajeno a él, lo reconoce como propio, “tierra extranjera interior” lo denominaba Freud. Aparece en su mundo pero como si quisiera sacárselo de encima, debe excluirlo de él. Por lo tanto, el síntoma es un padecimiento que le genera una pregunta incómoda sobre sí mismo, que no puede delimitar con claridad porque no posee la clave que le permita descifrarlo. Pero, al saber que algo le ocurre, busca la ayuda de alguien que sepa sobre eso; hay un saber que pueda ayudarlo en su padecer y este saber está ubicado en Otro –el neurótico sabe de lo inconsciente–. La condición de este otro concreto en quien ubicará a este Otro del saber, estableciendo una relación transferencial, va a variar según la condición cultural del que padece, así, entre nosotros es frecuente la consulta a un psicoanalista, pero cada vez más suele buscárselo en un mítico saber biológico, también puede ser en un saber mágico o religioso. Sin embargo, en su modalidad de búsqueda, respeta la misma estructura: una molestia, con una causa propia desconocida que indica que está puesta en un saber, que puede ser localizado en un lugar Otro. Si recupera ese saber para sí, su situación cambiará, dejando de padecer al hacerse cargo de eso de sí de lo cual escapaba –propio de la cobardía del neurótico–, modificará entonces su relación a la responsabilidad. Puntuando estas notas sobre el síntoma:

- Una molestia
- Cuya causa es un saber no sabido
- Localizable en Otro
- Que de recuperar tal saber, cambiará

De lo dicho, queda claro que para que se despliegue hace falta quien reciba esta transferencia y lo permita.

El síntoma. Sería necesario definirlo como algo que se señala. Como un sujeto que sabe que eso le concierne, pero que no sabe lo que es. En qué medida podemos nosotros, analistas, decir que estamos a la altura de esa tarea de ser aquel que, en cada caso, sabe lo que es<sup>25</sup>.

A esta altura de nuestra reflexión, es de destacar que no todas las personas que padecen responden a esta modalidad, ubicando el saber en Otro, con la condición de sujeto supuesto al saber. Por lo tanto, reservamos la

25. Lacan, J. Seminario 12. clase 14.

noción de *síntoma* sólo para estas personas y a cuya posición subjetiva llamamos neurótica; para las otras –perversa o psicótica– será necesario recortar otro tipo de fenómenos que las identifique. De más está decir que, según esta caracterización, la angustia, por sí, no es un síntoma.

¿Dónde se encuentra representado el sujeto? En su síntoma. Por lo tanto, si es lo que representa al sujeto ante Otro –significante–, responde a la noción de significante que definimos al hablar del sujeto. *El síntoma es el significante inconsciente que lo representa*. Si esto es cierto, se pueden sacar de aquí las consecuencias devastadoras, para el sujeto, cuando se barre con el síntoma sin tomar en consideración la verdad que porta en ese modo de saber. Pero, es un significante que en su misma presencia está excluido, ya que el hecho de ser clasificable en su sentido “objetivo” no dice nada de tal verdad –si sólo se toma nota semiológica, tal texto queda como si fuera indescifrable, como ocurrió antes de Freud cuando no se comprendía su lengua–, *la posibilidad de tomarlo en su verdad va a ser lo que permita resolver aquello por lo que clama*. Esto no va a ser fácil, ya que si bien es su padecimiento y dice “sáqueme esto”, es de aquello –con el goce que conlleva<sup>26</sup>– de lo que no quiere desprenderse, como decía una persona en un momento por fuera de su fobia: “tengo miedo a no tener miedo”, ¿cómo manejarse en el mundo sin “eso”, por fuera del mundo, que le permite orientarse?

¿Por qué se aferra a su síntoma, en esa repetición que hay en él? Porque *en su síntoma efectúa la represión*. Es necesario aclarar esto, ya que desde Freud el síntoma es el efecto de un conflicto entre la defensa y el deseo y ahora decimos que la represión –la defensa– es efectivizada por el síntoma. ¿Dónde ubicamos el comienzo?

[...] en la coextensividad del desarrollo del síntoma y de su resolución curativa se muestra la naturaleza de la neurosis: fóbica, histérica u obsesiva, la neurosis es una cuestión que el ser plantea para el sujeto “desde allí donde estaba antes de que el sujeto viniese al mundo”<sup>27</sup>

Por lo tanto, la historia comienza antes que el sujeto se capte en su mundo, la frase ya fue iniciada por sus padres –es el deseo que lo trajo al mundo–, tal como Freud se lo explica a Juanito –uno de sus conocidos históricos–. Vamos a recortar la problemática en su caso, y ubicar el *lugar de identificación imaginaria de la posición neurótica*, que ya antici-

26. Freud enseñaba que para conocer la sexualidad del neurótico no había que hacer una semiología de la genitalidad, sino que “los síntomas son la práctica sexual de los enfermos” Tres ensayos de teoría sexual. Obr. Compl. T. VII, p. 148.

27. Lacan, J. La instancia de la letra... Escritos I. Pág. 500.

pamos que es *con el padre real*. A partir de ahí contestamos lo que quedó planteado:

¿Cuál es la configuración especial de esta relación con la madre, con el padre, y con el falo, por la que el niño no acepta que la madre sea privada por el padre del objeto de su deseo?<sup>28</sup>

El tercero de estos pequeños andamiajes es el padre en tanto que interviene para prohibir (*interdire*). Al mismo tiempo hace pasar a la categoría propiamente simbólica al objeto del deseo de la madre, de tal forma que éste no es ya sólo un objeto imaginario –es, además, destruido, prohibido (*interdit*). Como para desempeñar esta función el padre interviene en cuanto personaje real, en cuanto Yo (*Je*). Este Yo (*Je*) se convertirá en un elemento eminentemente significante, que constituye el núcleo de la identificación última, resultado supremo del complejo de Edipo. He aquí por qué la formación llamada Ideal del yo se relaciona con el padre.<sup>29</sup>

Comienza siendo objeto de la madre, objeto *a* en el fantasma materno –causa de deseo– y falo imaginario de la misma, o –del cual es privada por el padre. En ese concierto, entra al mundo desde un Otro primordial, encarnado por la madre, no como esposa del padre sino como eso que Lacan rescata de Freud, leyéndolo de la mano de Heidegger, la Cosa (*das Ding*); como significante encarnado que suscita al deseo y que dará lugar tanto al objeto como al sujeto cuando surja en significante fálico, lo cual implica el encuentro con la castración. Tal Cosa no es un objeto del mundo, sino que en cada objeto, en cada cosa, está la Cosa –Otro primordial, Otro Real, lugar que ocupa tal Madre–. En Freud aparece la nostalgia de la primera morada que se perdió, aquella a la que en realidad nunca se la tuvo como objeto, sino que en él, opera como una referencia mítica, lugar de la falta. Lo impensable del origen es lo imposible de decir del goce, siendo la pulsión esa tensión en búsqueda de la Cosa –en tanto ese vacío–, expresada en especial por la pulsión de muerte, que en su encuentro fallido da lugar a las pulsiones parciales, las únicas que captamos en la clínica cuando sí bordean al objeto *a*. Se presentifica en el cuerpo atravesado por la castración, en su aspecto no anticipable, por fuera de las coordenadas del mundo, que en su imposibilidad de alcanzar es buscada por el deseo<sup>30</sup>.

¿Qué podemos extraer de estas difíciles apreciaciones? Que cuando se plantea a la madre como prohibida por el padre y por lo tanto como

28. Lacan, J. Seminario 5, Las formaciones del inconsciente. Paidós. Buenos Aires. 2001. Pág. 191.

29. Lacan, J. Seminario 5,... Págs. 234-5.

30. Volveremos a encontrar el tema de la Cosa de un modo más extenso al trabajar la posición psicótica.

el objeto de un deseo prohibido —una cosa—, el deseo incestuoso, ya estamos en un intento de escamotear esa desgarradura primera que describimos como ese encuentro con la Cosa —insistamos, la Madre no lo es, sino que ocupa el lugar—. Pero, la madre prohibida no es la que ocupa el lugar de la Cosa, la madre prohibida es la esposa del padre —según las estructuras del parentesco. Cuando el planteo es ese, ya estamos en plena posición neurótica, como un intento de no hacerse cargo de ese encuentro primero con la castración desde la Cosa. Surge inmediatamente la pregunta: ¿No es ese el Complejo de Edipo freudiano? Si, por eso es que Lacan prioriza el complejo de castración y su referencia al otro es mencionándolo como “mito de Edipo”, que es nuclear de las neurosis, pero por ser ya una elaboración neurótica. ¿Cuál es su planteo?

Para el neurótico habría un goce absoluto posible de alcanzar en el acceso a la madre, pero como ésta está prohibida —por el padre—, no se puede llegar a ella. Sólo transgrediendo tal prohibición se podría lograr un goce pleno —el neurótico cree que sí lo realizaría el perverso—. Sin embargo ¿alguna vez existió tal plenitud o es una elaboración mítica? La respuesta ya la tenemos, desde su posición, prefiere sostener el deseo incestuoso —debatándose entre ser o tener el falo— antes que hacerse cargo de su deseo atravesado por la castración simbólica, que significa que el objeto falta, lo cual implica ya una posición ética, no sólo una problemática psicológica. Insistiendo, las preguntas retóricas que se imponen son: ¿La ley es la prohibición o la prohibición escamotea a la Ley de la castración? ¿El goce absoluto está prohibido o es imposible?

Sostener la ley como prohibición es estar ubicando siempre un lugar, luego no necesariamente encarnado por una persona concreta —puede ser una institución...—, desde donde viene tal interdicción, escapando al deseo para preservar imaginariamente que existe un goce absoluto posible, al que no puede acceder por esa prohibición. Tal es el relato del complejo de edipo propio del neurótico que *capta sólo el carácter negativo de lo que ordena la Ley*. Para que le tenga temor al interdictor tiene que darse una condición previa: que ya sepa —postule— que aquel se guardó para sí al objeto supuesto del goce. Este objeto, además, debe aparecer propuesto como único, con lo cual está demandando un deseo sobre él, que, como está prohibido, sólo deja la posibilidad de adecuarse a tal interdicción o a la alternativa de transgredirla —aunque sea una falsa opción, pues, como sabemos, no existe. Lo que queda claro es que no importan las acciones llevadas a cabo, sino que *el fantasma mismo desplegado ya es suficiente*, por lo que siempre aparecerá la culpa.

Retomemos la problemática desde donde partimos para este último recorrido: *la relación entre represión y síntoma*, de donde llegamos a la Ley

para poder resolverla. Para el neurótico quien prohíbe es el padre y el deseo en cuestión es sobre la madre —en su versión de esposa de—, por lo tanto lo prohibido es el deseo incestuoso, pero, de esta manera se establece la prohibición como central, reprimiendo a la Ley de la castración. Es más fácil la confrontación con dicho padre imaginario que hacerlo con la muerte, la negatividad, de la que es portadora la castración; así como, es más cómodo considerar que le resulta prohibido —implica obedecer al Superyo como heredero del mito edípico—, antes que vérselas con lo imposible del goce, con La ley que ordena desear, un deseo del que él es responsable como sujeto. *Es el deseo posibilitado por la castración el que está reprimido y no el deseo prohibido, ya que este último opera como el represor, efectivizado en el síntoma*. Por eso para Lacan represión y retorno de lo reprimido —el deseo prohibido mismo— son equivalentes. Es para entrar en la rivalidad con el padre que se desea a la madre prohibida —esposa del padre.

Para no generar confusiones, es necesario recordar los distintos registros del padre trabajados en el capítulo 5. El que introduce en la castración es el Padre real, aquel que “trajina a la madre” dice Lacan, que desea, que muestra su falta; no que rivaliza con el hijo sino que se propone como castrado. Ante su aparición el niño construye un personaje perfecto al cual amar y odiar porque le reprocha su malestar, es el Padre imaginario, el del complejo de edipo y origen del superyo, del que postula que bastaría con su muerte para acceder al goce absoluto. El neurótico se identifica imaginariamente con el Padre real, pero en tanto Padre imaginario que prohíbe, aún así, como sujeto dividido reconoce su filiación. Por lo tanto, *participa de La ley, opera la función paterna en lo simbólico, pero bajo esa negatividad propia de la interdicción —prohibición dicha—, que reaparece en cada síntoma donde se capta el retorno de lo reprimido* —la represión misma—, síntoma como elemento característico de la neurosis, que sostiene a la represión. Si bien con esta manera de fallar, la función paterna opera en lo simbólico, donde leemos ese modo de operar la metáfora paterna, estando *el síntoma en el lugar fallido del Nombre-del-Padre*. Sólo para mencionarlo, el Padre simbólico —el Padre muerto— es cuando puede hacer el duelo por tal Padre imaginario —que el neurótico no termina de lograr— y que abre a la dimensión del deseo propia de la sublimación.

El deseo neurótico, *deseo interdicto del incesto, toma distintas modalidades*: deseo insatisfecho en la histeria (de conversión), deseo imposible en la neurosis obsesiva, deseo prevenido en las fobias (histeria de angustia). Deseo del que no se hace cargo, sino que aparece viniendo desde la demanda de Otro, donde el neurótico se vive altruista, haciendo lo que le piden “olvidándose de sí”, conservando el lugar de insatisfacción. Sin embargo, es su modo de *hacerse demandar por su deseo sin querer pagar el precio de*

la castración. Lo que le da, tanto esa falsedad a su demanda, así como la característica que toma el fantasma, al que en la neurosis Lacan lo escribe como (S  $\diamond$  D), estando la demanda -D- en el lugar del objeto, siendo que la fórmula del fantasma es (S  $\diamond$  a). La presentación como *queja*, característica de los neuróticos, tomará forma en los relatos fantasmáticos: será de historias de amor en la histeria (con el cuerpo vaciado del goce), de sacrificios en el obsesivo (es el sujeto-amor el que compromete su vida) o de riesgos en el fóbico (poniendo en juego la imagen del cuerpo y el objeto a)<sup>31</sup>. Pero, no olvidemos que en todas ellas, *la falta será vivida como frustración*, cara imaginaria, a diferencia de la castración que es simbólica o la privación que es real. Si hay una pasión que alimenta al neurótico, es la de la ignorancia sobre tal saber de lo inconsciente; aunque crea en el síntoma y establezca transferencia, decíamos que se va a quejar de su destino, en un mundo fantasmático que será teatral, anancástico o amenazante.

Queda ahora claro por qué en el final del punto anterior la modalidad neurótica de vérselas con el deseo está ligada a la demanda del Otro, "identifica la falta del Otro con su demanda,  $\Phi$  [falo simbólico, significante de la falta] con D"<sup>32</sup>.

Esquemmatizando lo desarrollado:

<i>Ley</i>	Interdicción
<i>Identif. I</i>	Padre real
<i>Deseo</i>	Interdicto, incestuoso: insatisfecho, imposible, prevenido
<i>Sostenido por (fenómeno)</i>	Síntoma, inhibición, angustia. "Cree en"
<i>Sujeto</i>	S, filiación, efecto del saber inconsciente
<i>Saber</i>	Sujeto supuesto al Saber (referencia P)
<i>N. del Padre</i>	función paterna en lo Simbólico.
<i>Fantasma</i>	Metáfora P
<i>Presentación</i>	Demandado en su deseo. Goce (im)posible
<i>Otro</i>	Queja (drama)
<i>Falta</i>	En ausencia, saber sobre su deseo.
<i>Operador inconsciente</i>	Somete en su demanda como frustración
	<i>Verdrängung</i> . Represión

31. Rubio J. M. "Amor, deseo e histeria" En: <http://www.drwebsa.com.ar/borda/enclaves> (Revista virtual del Htal Borda)2005.

32. Lacan, J. "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo". En *Escritos II*. ... Pág. 803.

#### IV. POSICIÓN SUBJETIVA PERVERSA

Con lo trabajado en el punto anterior se pueden presentar dos problemas: o que se lo considere una nominación antigua, porque en las clasificaciones que provienen de la psiquiatría desapareció el concepto de neurosis, o que, desde el psicoanálisis que conceptualiza al Edipo como nuclear en las neurosis, lo que expusimos quede incomprendible. Sin embargo, es más difícil el tema que vamos a abordar ahora porque está teñido de consideraciones morales, legales, ideológicas... Así, el concepto de perversidad, no siempre está diferenciado del concepto de perversión en tanto patología. Ocurre que suele armarse una sumatoria de calificaciones con quienes no cumplen las normas sociales, o que cometen actos inmorales -aunque no sean ilegales según la norma jurídica-: suele sostenerse que no reconocen al otro, son malas personas que hacen daño, encarnan el mal, tienen conductas antisociales sin culpa y sin escrúpulos, con una modalidad desafiante y por qué no degenerada y sigue la lista. Queda claro que de esa manera no podemos avanzar ni en la comprensión clínica ni, menos aún, en lo que intentamos, que es captar una posición subjetiva en los términos que lo estamos desarrollando. Tampoco se resuelve con la noción de parafilia, porque no se trata de trastornos o desviaciones sexuales lo que caracteriza a la posición, ni las diferencias entre psicopatía, sociopatía, sean primarias o secundarias, con o sin perversión<sup>33</sup>.

Aunque sea reiterativo, lo central de nuestro tema lo podemos sintetizar en una pregunta: ¿cuál es la Ley que está en cuestión? En segundo lugar, en forma más específica aún: ¿cuál es la versión de la Ley propia de la posición subjetiva perversa? La primera respuesta ya la conocemos, no se trata de la norma jurídica ni moral, sino de la Ley de castración, la Ley del padre -que no es la prohibición de la madre sino el mandato a desear con un orden-. Tal planteo nos libra de las versiones sociologizantes o de relativismos culturales de muchas apreciaciones, pero, a su vez, nos complica en la búsqueda, porque es muy fácil deslizarse hacia lo anterior<sup>34</sup>. En cuanto a cuál es la versión, así como en la neurosis se trataba de leerla como prohibición, anticipemos que en la posición perversa se trata de la ley del goce. Desde su reconocimiento podremos pensar tanto la transgresión como el desafío que son tan manifiestos, debiendo delimitarlos de

33. Desde lo conductual el espectro es muy amplio, por ejemplo Ey incluye "el uso abusivo de tóxicos, la pasión del juego y su corolario frecuente, la trampa, el vagabundaje y la deserción, el robo y sus múltiples variantes, el pillaje y la destrucción, el incendio voluntario, la prostitución, etc", que por cierto se puede extender mucho más.

34. Ver. Rubio J. M. "Extraño el parentesco. Psicopatía y perversiones" En: <http://www.drwebsa.com.ar/borda/enclaves> (Revista virtual del Hospital Borda) 2003

su versión en otras posiciones subjetivas que, como conducta, también se las menciona –las infracciones del neurótico, el desafío del obsesivo o del histérico, algunas manifestaciones del paranoico–. *Ley del goce que marca la posición del sujeto*. Se puede adelantar un enunciado, de un modo que resulta enigmático y paradójico a la vez por lo que se supone del perverso, pero muy económico en su expresión: “el sujeto se hace *instrumento del goce del Otro*”<sup>35</sup>.

Como la búsqueda freudiana tuvo varios momentos en el abordaje del tema, presenta muchas dificultades su tratamiento, pero, algo que quedó como aforismo es que las neurosis son el negativo de las perversiones; no entendido como el reverso de una moneda sino como la metáfora fotográfica, el negativo de la película. Tal planteo está centrado en el fantasma en juego que genera grandes confusiones, porque el contenido del fantasma neurótico es “perverso” –hay sujetos neuróticos que, por ejemplo, para alcanzar el clímax sexual con su pareja, aunque no se lo digan, fantasean escenas sádicas o masoquistas, incluso con un partenaire imaginario–, así como en su vivencia de la Ley como prohibición llega a idealizar al perverso como maestro de goce –manifiesto en el modo en que se sostienen algunas sectas, y no solamente–.

Para volver al fantasma, digamos que el perverso se imagina ser el Otro para asegurar el goce, y que esto es lo que revela el neurótico imaginando ser un perverso: él para asegurarse del Otro<sup>36</sup>

En este breve párrafo quedan diferenciadas ambas posiciones: “ser el Otro”, “ser un perverso”; el perverso asegura el goce –ser el instrumento para ello–, el neurótico se asegura del Otro –de su demanda. Como criterio de exposición vamos a comenzar por breves fragmentos de un texto literario, ya que, no es un dato menor que varias de las perversiones toman su nombre de literatos<sup>37</sup>. Las letras y la perversión tienen distintos vínculos, así el diccionario de psicoanálisis de Chemama lo sintetiza en tres tipos de textos. Lo cito no textualmente:

- Textos de libertinaje erótico: Restif de La Bretonne, Réage, Klossowski (muestran al deseo en los límites de la experiencia moral)
- Textos autobiográficos: abate de Choisy, Sacher-Masoch
- Textos de utopías filosóficas y sociales: Sade, Ch. Fourier (la afec-

35. Lacan, J. “Subversión del sujeto... Pág. 803. La cursiva es nuestra.

36. Lacan, J. “Subversión del sujeto... Pág. 805.

37. Deleuze, G. Presentación de Sacher-Masoch. Lo frío y lo cruel. Amorrortu, Buenos Aires, 2001. Pág. 16 y 19ss.

tación el lazo social por la propuesta de un goce universal de un objeto)

Como la constitución del fantasma –del modo en que lo entiende el psicoanálisis que venimos desarrollando– es masoquista, y un texto princeps para estudiar la perversión en Freud es precisamente el estudio de un fantasma, el artículo *Pegan a un niño* –que Harari lo lleva a la frase fantasmática “un niño es siendo pegado”–, vamos a tomar un texto del autor cuyo nombre empleó Krafft-Ebing para nombrar una constelación como la masoquista: *La Venus de las pieles* de Leopold von Sacher-Masoch (1835-1895).

Comencemos recortando la primera escena donde se observa a Severin en su condición de esclavo, momentos antes de ser azotado y que la sangre corra por su cuerpo:

–Bien..., ahora dame tu pasaporte y el dinero que tengas.

Saco del bolsillo mi cartera y se la entrego. Wanda la examina, asiente con la cabeza y la coloca junto a las demás cosas, mientras yo me arrodillo ante ella. Lleno de una dulce embriaguez, dejo descansar mi cabeza en su pecho.

De repente Wanda me aparta con el pie, se levanta de un salto y toca la campanilla. Alertadas por ella, tres esbeltas jóvenes negras, que parecen talladas en ébano y van vestidas de seda roja de los pies a la cabeza, entran en la habitación. Cada una de ellas lleva en su mano una cuerda.

Comprendo de golpe la situación e intento levantarme. Pero Wanda está allí de pie, bien erguida, y tiene vuelto hacia mí su hermoso rostro, con sus sombrías cejas y sus ojos burlones; es la dueña que da órdenes. Hace una señal con la mano, y, antes de que yo pueda saber lo que ocurre, las negras me han arrojado al suelo y me han atado fuertemente de pies y manos; también me han sujetado los brazos a la espalda, como un reo que fuera a ser ejecutado, de modo que apenas puedo moverme.

–Dame el látigo, Haydée –ordena Wanda con una calma espeluznante.

Arrodillándose, la negra entrega el látigo al ama.

–Y quítame este pesado abrigo de pieles –continúa diciendo–, me estorba.

La negra ha obedecido.

–¡Dame aquel chaquetón de allí! –sigue dando órdenes Wanda.<sup>38</sup>

Tomando esta escena, quedan definidas dos funciones, la de víctima sufriente y la de cruel dominadora de la situación, que lo maltrata a su

38. Sacher-Masoch, L. von. *La Venus de las pieles*. Tusquet. Barcelona. 1993. Pág. 115. Para facilitar su lectura las próximas citas de este libro las pongo entre paréntesis en el mismo texto.

antojo. Es con escenas como ésta que se suele describir una estructura sado-masoquista, donde se lee el placer de golpear y el de ser golpeado, al modo del conocido chiste donde el masoquista le dice al otro "hazme sufrir" y el sádico le contesta "no". Sin embargo es muy dudoso que exista tal estructura, pues el modo como se despliega cada una de estas constelaciones es distinto, con lo cual el chiste sólo sería válido para una construcción neurótica. Vamos a detenernos en la masoquista a través del texto de Masoch y luego veremos sus diferencias a partir de algunas notas sobre Sade. Extraeremos desde ello las características de la posición subjetiva perversa.

Comienza la novela con el encuentro con Venus, con "sus muertos ojos de piedra" y envuelta en un abrigo de pieles, en la conversación dice él: "[...] pero eso lo sabéis vos mejor que yo..., quien entonces no es capaz de imponer su yugo, sentirá pronto en su nuca el pie del otro..." (14), "[...] nada hay que pueda excitar tanto al varón como la estampa de una déspota, bella, voluptuosa y cruel, que arrogante y desconsiderada, cambia de favoritos como le viene en gana..."

– Y que además se envuelva en un abrigo de pieles" (15)

Luego, resulta ser un sueño, estando con un libro de Hegel –muestra del romanticismo alemán– en la mano cuando lo despiertan para visitar a un amigo. Cuando va a ver a Severin, este le explica su "sistema medio filosófico medio práctico" y, mientras conversan ve un cuadro de una mujer como la del sueño. La llama la "Venus de las pieles" y enfrente una réplica de la Venus en el espejo de Tiziano, a la que asocia como desencadenante del sueño; "pieles de déspota... símbolo de la tiranía y la crueldad que hay en la hembra y en su belleza..." (19)

Severin le alcanza un manuscrito donde muestra la cura de su masoquismo, ya que ahora no es "yunque sino martillo", mostrándolo en una escena donde grita a una joven que entra a servirlos. La novela continúa con tal manuscrito: "confesiones de un hipersensual", a partir de una cita del *Fausto* con una variación.

Comienza el relato con su aburrimiento en un balneario de los Cárpatos, y luego de narrar el lugar menciona a su "fría y cruel amada" (25), una estatua de Venus que está en el jardín, hasta que una noche ve "una figura femenina iluminada por la luz de la luna; era blanca como la piedra y tuve la impresión de que mi hermosa hembra de mármol, apiadándose de mí, había cobrado vida y me seguía. Pero el miedo que entonces me sobrecogió no tiene nombre, mi corazón dejó de latir y en vez de..." Se encuentra luego con Wanda –otra ocupante de la casa– a través del préstamo de libros, en uno de los cuales había dejado una imagen de la Venus de Tiziano en cuyo reverso había escrito:

"La Venus de las pieles. Tú, tú que provocas incendios, tiritas de frío. En-

vuélvete en tus pieles de déspota; a quién sino a ti, cruel diosa de la belleza y del amor, le convienen esas pieles..." y agrega un verso de Fausto "¡A Cupido! Falso es el par de alas, y las flechas con garras y la corona oculta los cuernecillos. No hay duda de que también Cupido es, como todos los dioses de Grecia, un diablo disfrazado" (26).

Comienzan un diálogo donde ella le muestra sus ideales griegos y él aparece como moderno, haciéndola hablar sobre su vida, hasta que él le dice: "unos seres humanos bellos, libres, joviales y felices como los griegos sólo son posibles si tienen esclavos que ejecuten para ellos las nada poéticas tareas de la vida cotidiana y, sobre todo, que trabajen para ellos.

– Es cierto –ha respondido con arrogancia–, y una diosa del Olimpo como yo necesita todo un ejército de esclavos. Así es que guardaos de mí...

– En el amor no hay igualdad –he replicado con solemne seriedad– pero si se me diera a elegir entre dominar y ser subyugado, me parecería mucho más atractivo ser esclavo de una hermosa mujer. Pero ¿dónde encontrar la hembra que ejerza su influencia sin mezquinas querellas, que domine con calma y serenidad, incluso con severidad?" (37)

Van pasando juntos el tiempo y él describe: "Es notable la sensación que experimento. No como estar enamorado de Wanda. Al menos en nuestro primer encuentro no he sentido nada de aquella chispa fulminante de la pasión. Pero noto que su extraordinaria belleza, literalmente divina, va envolviéndome poco a poco con lazos mágicos. Lo que en mí está surgiendo no es tampoco una inclinación del ánimo, sino una sumisión del cuerpo; lenta pero, por ello, tanto más completa" (39-40) Y en un diálogo más adelante se despliegan las cartas:

– ¿Qué haré, pues con vos? –ha empezado de nuevo a hablar.

– Lo que queráis –he contestado resignado–, lo que os divierta.

– ¡Qué inconsecuente sois! –ha exclamado–. Primero queréis tomarme por esposa y luego os entregáis como un juguete." (43)

Comienzan una relación donde ella lo reconoce como su hombre, ante lo que él le declara incondicionalidad. "Eso no es bueno, Severin –ha replicado casi asustada–; ¿es que aún no me conocéis, es que no queréis conocerme? Si me tratan con seriedad y sensatez, soy buena; pero si alguien se me entrega demasiado, me vuelvo arrogante..."

– ¡Oh! Que esto no termine nunca –he exclamado con excitación, incluso con violencia–, que sólo la muerte nos separe. Si no puedes ser mía, enteramente mía y para siempre, entonces quiero ser tu esclavo, prefiero servirte, soportarlo todo, a que me rechaces" (47)

Luego de un diálogo donde él le dice "haced de mí lo que queráis...", ella le responde "[...] Habéis sido tan incauto que me habéis dejado elegir. Elijo, pues, quiero que seáis mi esclavo, haré de vos mi juguete" (48). Comienza entonces él a contarle su vida de hipersensual donde la mujer cubierta de pieles y cruel es el centro de las escenas, de las que recortamos:

"... ya os he repetido varias veces que hay para mí en el sufrimiento una

atracción extraña, que no hay nada capaz de encender tanto mi pasión como la tiranía, la crueldad y, sobre todo, la infidelidad de una hermosa hembra. Y yo no puedo imaginarme a esa hembra, a ese extraño ideal de la estética de lo feo, el alma de Nerón en el cuerpo de una Friné, sin que vaya vestida de pieles" (57) Y sigue con las enseñanzas para Wanda, ante lo que ella: "¡Repugnante! —ha exclamado Wanda—. Desearía que alguna vez cayeseis en manos de una hembra de esa raza salvaje; la poesía desaparecería tan pronto como estuviérais dentro de una piel de lobo, entregado a los dientes de las jaurías, o atado a la rueda del tormento. — ¿Creéis eso? Pues yo no lo creo." (58)

Llega el momento tan esperado por Severín. "Ya no me entiendo a mí misma —ha continuado—, pero he de haceros una confesión. Habéis corrompido mi imaginación. Mi sangre arde y empiezo a encontrar gusto en todo eso; el entusiasmo con que habláis de una Pompadour, de una Catalina II y de todas las otras mujeres egoístas, frívolas y crueles, ese entusiasmo vuestro me arrebató, penetra en mi alma y me empuja a hacerme semejante a esas mujeres que, pese a su maldad, fueron servilmente adoradas mientras vivieron y aún en la tumba realizan milagros. A la poste hacéis de mí una déspota en miniatura, una Pompadour de andar por casa." (61)

Llega el momento en que se produce la firma del "contrato entre la señora Wanda von Dunajev y el señor Severin von Kusiemski" (112). Esta es una nota esencial del masoquismo, para mostrarlo mejor tomamos el contrato que firmó el mismo Masoch con una de sus aventuras:

"Contrato entre la señora Fanny de Pistor y Leopold de Sacher-Masoch. Bajo su palabra de honor, el señor Leopold de Sacher-Masoch se compromete a ser el esclavo de la señora de Pistor y a ejecutar ciegamente sus órdenes y deseos durante seis meses.

En retorno, la señora Fanny de Pistor no le pedirá nada deshonoroso (que pueda hacerlo perder su honor de hombre y de ciudadano); además le dejará seis horas diarias para sus trabajos y nunca mirará sus cartas ni sus escritos. A cada infracción o negligencia, o a cada crimen de lesa majestad, la dueña (Fanny Pistor) podrá castigar a su esclavo (Leopold de Sacher-Masoch) según le plazca. En resumen, el sujeto obedecerá con sumisión servil, recibirá los signos de preferencias como si fueran dones maravillosos; no hará valer ninguna pretensión a su amor, ni derecho alguno a ser su amante. En contrapartida, Fanny Pistor se compromete a usar pieles tantas veces como le sea posible y, en especial, cuando sea cruel.

(Tachado más tarde) Al finalizar estos seis meses, este intervalo de sumisión servil será considerado nulo por ambas partes, y no harán ninguna alusión seria a la antigua relación amorosa. Todo lo que suceda será olvidado.

Estos seis meses que no deberán ser prorrogados, podrán tener grandes interrupciones comenzando y terminado según el capricho de la soberana. Han firmado para confirmar este contrato los participantes

Fanny Pistor Bagdanow, Leopold, caballero de Sacher-Masoch  
Comenzando a ejecutarse en diciembre de 1869<sup>39</sup>.

El comienzo del relato es desde el fantasma, con un sueño y un cuadro, e inmediatamente con el despliegue de un maestro de goce, en cuyo manuscrito —valor de la letra en la posición perversa— muestra un ciclo que se inicia por un estado de aburrimiento y su movimiento a un ideal mostrado en la Venus, fría y cruel<sup>40</sup>. Ante ello, no busca una sádica que lo goce, sino que construye a una mujer de un perfil definido: fría y cruel, enseñándole detalladamente cómo debe comportarse para estar a la altura de la pareja masoquista —sin la cual no hay masoquismo. Para ello, primero la captó desde los ideales de ella, como es una griega necesita un esclavo y, desde allí comienza con largos relatos y diálogos donde la va causando en un deseo de ocupar ese lugar. Él sabe sobre la relación del hombre y la mujer y como tal la educa.

Queda claro cómo, cuando se trata de la posición masoquista, lo central no son las conductas en relación al dolor o a un estilo de placer —que por cierto existen— sino, una relación más compleja donde son varios los lugares implicados, aunque sean dos los personajes visibles. Es en relación a esto que se menciona la condición de predicador del perverso, la cual no es una conducta solitaria sino que amaestra a otros para completar la posición; desde su posición pervierte, por eso el riesgo cuando ocupan lugares sociales con personas "vulnerables" como pueden ser niños o adolescentes.

A Wanda la va desafiando de un modo en que queda clara la violencia ejercida, y cómo la ley que no es respetada es la de ella, esa es la Ley transgredida. Si bien lo transcrito es breve, y no queda tan claro el suspenso que va generando —la estatua, las detenciones de gestos, la espera del golpe...—, se puede captar cómo va forzando la situación hasta que ella transgreda su Ley, hasta que ella llega a desatar su violencia. Aclara así la confusión que se presenta cuando se considera a la transgresión como una conducta realizada por el sujeto transgrediendo a una norma establecida —el que roba, el que estafa, el jugador...—, la situación es más compleja que eso.

39. Tomado de Saurí, J. Las perversiones. Carlos Lohlé. Buenos Aires. 1983. Pág. 175.

40. Hay una captación clínica en algunas descripciones de la llamada psicopatía que se corresponden con este momento, por ejemplo el ciclo: equilibrio psicopático —frustración —crisis de tedio —captación de un depositario —inoculación de su dolor moral en el otro —complementación de Ideal —equilibrio psicopático. Si bien está pensado desde lo "intraprésico" que no se corresponde con el modo como estamos reflexionado en estas páginas, hay una intuición clínica que en algunos puntos se corresponden. Un clásico al respecto es Zac, J. Psicopatía. Kargieman. Buenos Aires. 1977, hoy día, por ej. Marietan.

Aún para ser cruel, ella no puede serlo a su libre arbitrio, sino que está detallado en un contrato, donde, en una primera lectura parece que el acentado está puesto sobre él como esclavo, sin embargo, las obligaciones son para ella. Prestando atención, es ella quien debe dar órdenes, castigar las infracciones o negligencias y, cuando lo hace, en especial si es cruel, tiene definida la vestimenta a utilizar –las pieles. A su vez, tiene prohibido hacer según su capricho, ya que no le puede pedir nada deshonoroso y no tiene todo lo de él accesible –cartas y papeles–, también debe dejarle horas para su trabajo. Lo mismo ocurre en las cláusulas que fueron tachadas. Un dato a tener en cuenta: las pieles que dan nombre a la novela no son algo menor, sino que es un auténtico fetiche que sirve para ordenar el mundo de Severin, con lo cual ocupan una función de legislación.

Hasta aquí con *La Venus de las pieles*. Para pasar ahora a unas breves notas sobre las diferencias entre masoquismo y sadismo, en su no reversibilidad –como posición de goce–, tengamos en cuenta la importancia del lenguaje sobre la sensualidad. Nos va a servir también para mostrar la confusión cuando se los considera una patología de los actos. Para ello recurramos a un fragmento de Deleuze.

En Sade, *Las ciento veinte jornadas* se organizan según los relatos que los libertinos se hacen narrar por “historiadoras”: y, al menos en principio, ninguna iniciativa de los protagonistas debe anticiparse a esos relatos. Porque el poder de las palabras culmina cuando decreta la repetición de los cuerpos, y “las sensaciones comunicadas por el órgano del oído son las que halagan más y las que dejan impresiones más vivas”. En la vida como en la obra de Masoch, es preciso que los amores tengan por disparador cartas anónimas o seudónimas, y avisos clasificados; es preciso que estén regulados por *contratos* que los formalicen, que los verbalicen; y las cosas deben ser dichas, prometidas, anunciadas, cuidadosamente descritas antes de consumarse<sup>41</sup>.

Este autor, analizando la obra de ambos, hace un estudio comparativo en once ítems, de los que sólo voy a trabajar algunos y con una lectura que no sigue literalmente a su texto. Comencemos por los modos de describir la violencia y el exceso, los cuales toman formas propias en cada uno de ellos. En Masoch observamos, por lo antes transcrito, cómo fue empleando un modo persuasivo y pedagógico con quien iba a ser su verdugo, dándole un tono amoroso y hasta desgarrador en el relato, que parece de fatalidad; presentó primero un Ideal y recorrió el camino en una dialéctica

41. Deleuze, G. Presentación de Sacher-Masoch... Pág. 22.

que le permitiera ascender a él, haciendo que el “victimario” hable con el libreto que él le proveyó. En Sade, en cambio, hay una mayor frontalidad, sin engaño, mostrando que lo violento es el razonamiento mismo –al servicio del poderoso–, por eso es una tarea de instrucciones, no pedagógica, donde en forma especulativa demuestra, sin salir de la soledad y la omnipotencia del demostrador.

Las descripciones, la actitud de los cuerpos, no cumplen más que el papel de figuras sensibles para ilustrar las demostraciones abominables; y las consignas, los imperativos lanzados por los libertinos son a su vez como enunciados de problemas que remiten a la cadena más profunda de los teoremas sádicos.<sup>42</sup>

La lectura del texto de Masoch está cargada de folklore y citas que no lo hace rechazable en principio, por eso presenta una relación importante con lo estético. Por su parte, el de Sade es provocador en su obscenidad. Cuando Deleuze menciona lo negativo y la negación lo hace analizando las dos naturalezas presentes en la obra sadiana, acorde a las dos muertes, la primera física y la segunda simbólica que permite el duelo o cuando se la intenta borrar es para que no queden ni rastros de esa existencia, lo cual no es posible de lograr. El masoquista implementa otro modo de rechazo: impugna la legitimidad de lo dado intentando ir más allá en el modo en que hace operar al fetiche, que pone una nota de suspenso, tanto en la inmovilidad de la estatua, como en la espera de la conducta de la mujer verdugo, en la suspensión de los gestos al latigarlo... Ese lugar es ocupado en Sade por la reiteración indefinida, donde juega más lo acumulativo, cuantitativo, más cercano al razonamiento que demuestra en su movimiento.

Un punto a destacar es que, cuando aparece un masoquismo en el sádico –los libertinos también pueden ser sometidos– no lo es en la misma posición del masoquista, otro tanto ocurre en el sadismo del masoquista; toman la forma de ironía en el primero y de cierto humor en el segundo. Del mismo modo, así como la “víctima” del sádico no puede gozar en forma masoquista, la mujer verdugo del masoquista no puede ser sádica, pues tanto una como otra pertenecen a la respectiva constelación, en tanto “víctima” como “victimario” de cada una de ellas, no coincidiendo los lugares inconscientes de sujeto y de agente –lo retomamos más adelante.

Ya se destacó el lugar del contrato en el masoquista. Ocupando su función, Deleuze menciona como central en Sade a la institución, con su estatuto más allá de las voluntades contrayentes y en un movimiento cons-

42. Deleuze, G. Presentación de... Pág. 24.



tante donde se ejerce el poder. Hagamos un salto y vayamos al temple, la apatía sádica está en relación al placer de la demostración, negando la naturaleza, en la cual el sentimiento puede dispersar, por eso aparece con un semblante impasible; si bien dentro de este mismo talante, con gran finura Deleuze diferencia en la frialdad del masoquista el intento de hacer triunfar el sentimentalismo –Severin era hipersensual– y, un clima helado, glaciario, le sirve como un principio de orden.

Sintetizo los once ítems tal como los conceptualiza Deleuze, haciéndolo en forma de esquema a modo indicativo, aunque no haya desarrollado a todos:

SADISMO	MASOQUISMO
facultad especulativo-demostrativa	facultad dialéctico-imaginativa
lo negativo y la negación	la denegación y lo suspensivo
reiteración cuantitativa	suspensión cualitativa
masoquismo propio del sádico	sadismo propio del masoquismo
negación de la madre e inflación del padre	«denegación» de la madre y aniquilación del padre
oposición del papel y el sentido del fetiche, y del fantasma	
antiestetismo	estetismo
sentido «institucional»	sentido contractual
superyó e identificación	yo e idealización
formas opuestas de desexualización y resexualización	
apatía sádica	frío masoquista

Volvamos a la pregunta con la que comenzamos este acápite: ¿cuál es la versión de la Ley propia de la posición subjetiva perversa? En principio, y para destacar: el perverso vive en la Ley, no desconoce la Ley del padre, siendo su versión, como ya adelantamos, la Ley del goce. Así como sucedía con la manera del neurótico al vivirla como prohibición, también éste es un intento de escapar a la castración. Ahora estamos en condiciones de desplegarlo.

Como aparece en la Venus, no se trata de la búsqueda de un placer desenfrenado, sino de un imperativo a un goce que cada vez debe ir ampliando

de sus límites, independiente del bienestar, dado como una universalidad por la cual regirse. Esto implica la sumisión al Otro de ese goce, como un principio de razón. La Ley hace confrontar con la falta en ser. El modo como aparece esta experiencia de confrontación depende de la distribución de los personajes –sujeto, objeto, Otro–, la cual es variable en una u otra forma de la perversión. Esto depende de la posición que ocupen en el fantasma, donde se pone en escena la separación infranqueable del objeto, el cual actúa como agente del tormento. Por eso, decíamos más arriba, que no coinciden sujeto y agente: en el caso del masoquismo el agente es el otro –la verdugo– y en el del sadismo es el libertino; siendo sujeto el masoquista y en cambio en el sadismo el lugar de sujeto lo ocupa la “víctima”<sup>43</sup>. La violencia está en la crueldad del Otro de la Ley, la cual es ejercida sobre el sujeto –mostrado en el que ocupe ese lugar. Desde esta condición, el Otro aparece como voluntad de goce. En palabras de Lacan:

El deseo, que es el soporte de esa escisión del sujeto, se avendría sin duda a decirse voluntad de goce. Pero esa apelación no lo haría más digno de la voluntad que invoca en el Otro, manteniéndola hasta el extremo de su división respecto de su pathos; pues para eso, parte ya vencido, prometido a la impotencia<sup>44</sup>.

Esta prescripción de ¡Gozá! aparece, por ejemplo, en el mandato superyoico que recibe el adicto cuando debe superar el límite que ya alcanzó en su consumo, o el jugador que hasta que no llega el límite de perder todo no para, en un empuje más allá de los topes que pone el principio del placer, llegando a la muerte misma<sup>45</sup>. Por eso es el reverso de la interpretación de la Ley por la prohibición, tomando una vertiente positiva cruel, en la construcción de un mundo donde no se pare de gozar<sup>46</sup>. Pero, esta escisión que genera ubica al sujeto en un lugar especial:

La perversión añade una recuperación de la j [goce] que apenas parecería original si no interesase al Otro como tal de manera muy particular.

43. Recordemos lo trabajado sobre el significante y cómo otorga los lugares, ver capítulo 6.

44. Lacan, J. Kant con Sade. Escritos II... Pág. 752

45. Impactante, por ejemplo, en la película la gran comilona de Marco Ferreri (La grande bouffe), 1973.

46. El efecto que produjo a nivel mundial la “crisis de las hipotecas” en Estados Unidos, ¿es sólo un efecto económico? o se puede pensar analógicamente una creencia en la economía de mercado, con esas reglas con que funcionó, como una ley del goce donde el mundo era pensado por sus instrumentos de goce –economistas...– como un “aún más”. Ver en el cap. 1 la noción de segregacionismo concentracionario.

Solo nuestra fórmula del fantasma permite hacer aparecer que el sujeto aquí se hace instrumento del goce del Otro<sup>47</sup>.

*El sujeto como instrumento del goce del Otro* parece claro de imaginizar en el masoquismo porque como estamos acostumbrados a pensar desde el placer y allí sufre, pensando desde la neurosis que es el verdugo el que goza, entonces creemos entender así el ser instrumento de un goce, pero no es así. Ya diferenciamos párrafos atrás los lugares de sujeto, objeto y Otro. Cuando hace este planteo, Lacan postula el goce del Otro, el cual es sólo propuesto, no es que esté en alguna otra parte que en el fantasma de su protagonista, al modo como el mártir ofrece a su Dios su vida, no es que se la ofrece a su verdugo, sino a ese Otro presente para él. Por eso, en el caso del masoquista identificado como objeto con el Padre simbólico se hace golpear por quien representa a la Madre bajo la mirada como tercero del Otro, el Padre real<sup>48</sup>. Es tan instrumento del goce del Otro como el sádico, el cual desde su lugar de Padre real golpea a su víctima identificada con el Padre simbólico que ocupa la posición de sujeto —es en quien aparece la división—, ante la mirada del Otro Materno. Sin embargo:

La voluntad de goce en el perverso, como en cualquier otro, es voluntad que fracasa, que encuentra su propio límite, su propio freno, en el ejercicio como tal del deseo perverso<sup>49</sup>.

*El deseo perverso es un deseo transgresivo*, sin embargo, ¿de qué transgresión se trata? No se trata de cómo respeta o no a alguna norma, pues esto podría llevar a que otro lo castigue y al operar la sanción ya la transgresión pierde sentido. Quedó mostrado en el modo como Wanda transgredió su Ley en la *Venus de las pieles*. Se trata de colocar al otro en el punto en que se desate su violencia, que esté “fuera de sí”; la transgresión implica hacer transgredir al otro en su Ley, al confrontarlo con lo arbitrario de su propia ley, cayendo entonces el lugar del Padre, al que por cierto se lo reconoce —a diferencia del psicótico—. Muestra de ese modo la violencia de la ley, al hacer ir más allá del límite, postulando una nueva Ley que a su vez se propone a ser transgredida.

47. Lacan, J. Subversión del sujeto... Pág. 803.

48. Rubio, J. “Seppuku - Acto logrado. (in)versión (en) de un padre (malogrado)” En: Espiño G. (compilador). Suicidios. Capitular a la sombra del objeto. Letra Viva. Buenos Aires. 2000. 141 - 156. Ver en el suicidio de Mishima el modo en que arma la ceremonia, el lugar del Comandante como testigo y él como instrumento de goce.

49. Lacan, J. Seminario 10. La angustia. Clase 27 de febrero de 1963

[...] lo más importante para el perverso es que el Otro esté lo suficientemente comprometido, inscripto en puntos de referencia conocidos, especialmente de respetabilidad, para que cada nueva experiencia haga el papel de desenfreno, es decir para que el Otro se vea extraído de su sistema, y para que acceda a un goce del que el perverso se jacta, de todos modos, de poseer el control. Siempre hay, en todo acto perverso, algo que se emparenta con la violación, en la medida en que implica que el otro se vea arrastrado como a pesar de sí mismo a una experiencia que se inscribe en falso respecto de todo un contexto<sup>50</sup>.

Por lo tanto, transgresión implica un desafío, el cual es un acto performativo, donde el sujeto se dice capaz de algo y se expone ante un testigo —que representa a la mirada del Otro. El desafío lleva a una justificación, que pronto se convierte en una doctrina, con un fundamento: “porque yo lo hago”, lo cual lo ubica en la necesidad de seguir haciéndolo, llegando a la condición de herejía.

Que la Ley no tenga fundamento es de lo que se jacta el desafío. Pero si ella no existiese, al menos como ilusión, el desafío no tendría ya razón de ser. Tiene entonces el desafío necesidad de la Ley y de su atestigüamiento —en una individualidad comprometida con la ley<sup>51</sup>.

*Desafío y transgresión* son sostenes de la Ley a la que necesitan. Cuando Joël Dor busca la génesis evolutiva de tal situación la ubica en una madre seductora que estimula al niño a que la haga gozar, alternado con una actitud amenazante por la presencia del habla paterna reconocida en su existencia, coexistiendo con la complacencia implícita de un padre que delega en dicha madre su propia habla, reforzando, por lo tanto, esa ambigüedad planteada por tal madre<sup>52</sup>. Si bien es convincente, tal postura es desde los roles paternos y cercanos al edipo, en una lectura que prioriza la cara imaginaria. Parece más esclarecedor que, así como planteamos desde Juranville la identificación imaginaria del neurótico con el padre real, lo hagamos en la posición subjetiva perversa. Tal *identificación imaginaria es con la madre fálica*, en tanto objeto primordial materno al cual se quiere preservar pleno. Para lograr este objetivo debe aparecer un falo en escena, que la complete, dado que, por reconocerse la ley, se reconoce que está operando en ella la castración. ¿Cómo lo resuelve?

50. Clavreul, J. “La pareja perversa” en El deseo y la perversión. Sudamericana. Buenos Aires. 1967. Pág. 134.

51. Assoun, P-L. El perverso y la mujer en la literatura. Nueva Visión. Buenos Aires. 1995. Pág. 25.

52. Dor, J. *Estructura y perversiones*. Gedisa. Buenos Aires. 1988. Caps. 11, 12 y 13.

Este deseo transgresivo, siguiendo la ley del goce, con el sujeto como instrumento del goce del Otro, es posible porque la Ley que instituye el mundo en el perverso está marcada por el fetiche. Se entiende por tal no la conducta del fetichista, sino un lugar en la perversión equivalente al que en la neurosis tiene el síntoma, del cual dijimos que era el elemento central<sup>53</sup>. El fetiche, entonces, ocupa el lugar del significante de la Ley, haciendo presente en lo real al Nombre-del-Padre sin referencia al Otro ausente; por lo tanto, es quien destaca qué función tiene el objeto desde lo simbólico, del *a* en lo simbólico:

[...] fetiche en la estructura perversa, como condición absoluta del deseo<sup>54</sup>

De esta manera, el significante del deseo aparece incluido en el mundo —las pieles, el látigo, la droga, la comida...—, como disimulado en el fetiche. Cuando el 1923 en *La organización genital infantil* Freud define al falo como la premisa universal del pene, diferenciándolo por lo tanto del órgano, lo ubica en un lugar muy especial, porque se trata del *falo de la madre*, el cual, en tanto premisa, es supuesto. Ya en ese artículo plantea la dificultad que se le presenta al humano, cuando capta su ausencia en la madre, y la interpretación que da de la misma: efecto de la castración, cuyo agente es el padre. Para esa época escribe una nota a pie de página en el caso Juanito donde trabaja el complejo de castración, siendo entonces que falo es materno y para la madre su falo es el hijo, por lo tanto aparece como lugar de identificación en su constitución como sujeto. Castración es plantearse ser o no el falo, lo cual pone en el centro que, estando implicado el niño, la castración que importa es la del Otro, la Madre —no en tanto esposa del padre—, apareciendo el Padre como posible salida al dar un orden a tal situación. Pero, una manera de no aceptarlo es postular algo en ese lugar que se supone en falta y he ahí el fetiche. Freud también lo trabaja en el artículo que le dedica al fetichismo, pero se puede ampliar como fenómeno propio de la posición perversa. *Postular un fetiche es estar renegando tanto la castración como el significante del deseo, ya que su solo planteo hace el aporte de falo*. Por lo tanto, la Ley y la falta están presentes —se las arregla con esta paradoja—, sólo mencionemos que esta

53. Ver en el análisis de un fragmento clínico cómo opera el fetiche en tanto objeto a. Rubio J. M. "El don y su relación con el objeto a" Reunión Latinoamericana de psicoanálisis de Bahía (1997; Salvador, BA). Atas Volume II. Editora Elba. Salvador. 1999. 658-663.

54. Lacan, J. Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache: psicoanálisis y estructura de la personalidad. Escritos II... Pág. 661.

escisión en el yo, tal como la postulara Freud, es diferente a la división del sujeto propia del neurótico, en el perverso opera al modo de: mamá es fálica, aún así está castrada por papá<sup>55</sup>.

En la renegación (*Verleugnung*) el fetiche vale por el falo faltante, en una operatoria diferente a la de la represión neurótica, pero, insisto, postular el fetiche ya es renegar la castración. Por lo tanto, es aquel quien la efectiviza: *establecer un objeto como fetiche ya es una transgresión*, ya es renegar. En las escenas armadas se muestran las dos caras: la renegatoria y la castración presente. Así, al ser fustigado —fetiche— completa a la madre y, también deja partes de su tegumento que caen, marcando en el mismo acto la falta, el descompletamiento, la presencia de ese Padre del que se pretende haber despojado en su cara imaginaria, pero al que convoca por la cara de castración.

Así como está sostenido por el fetiche, se despliegan las escenas, ceremonias, ritos, donde se realiza el fantasma. Mencionamos como texto pionero al respecto el *Pegan a un niño* de Freud, construido a partir de fantasmas. Es en él donde se pone en escena el objeto y lo que diferencia de la neurosis —donde su despliegue es en la fantasía—, aunque el contenido no los diferencie. Es desde el fantasma desde donde comprendemos mejor lo dicho antes de los lugares, cuya fórmula es (S  $\diamond$  a). En esa relación del sujeto deseando al objeto, donde puede ubicarse en cualquiera de los dos lugares, ya que, hay una intersubjetividad de los mismos, así, por ejemplo desde la pulsión anal: puede aparecer tanto como el "cagador" o como el "cagado", pero es el mismo fantasma. ¿Cuál puede ser el partenaire? Una nota importante es que respeta la condición de anonimato, lo cual está marcado por la condición dada por el fetiche; Wanda no valía por ser ella, sino por encarnar el Ideal, así, en la vida de Masoch pasaron varias mujeres con esa condición.

¿Qué es lo que aparece? En el masoquista tal como lo describimos, pero,

Si lo seguimos, ¿no es más bien que el sadismo rechaza hacia el Otro el dolor de existir, pero sin ver que por ese sesgo se transmuta él mismo en un "objeto eterno", si el señor Whitehead tiene a bien prestarnos ese término?<sup>56</sup>

Un doble movimiento, es sobre el Otro que hace recaer el "dolor de existir", con lo cual queda convertido en "objeto eterno" —no pesaría so-

55. Ver el trabajo de Mannoni, O. "Ya lo sé, pero aún así..." en *La otra escena*. Claves de lo imaginario. Amorrortu. Buenos Aires. 1973.

56. Lacan, J. Kant con... Pág. 757.

bre él lo mutable. Es sobre el otro que cae la angustia y la división subjetiva. Debe llevarlo hacia la violencia, momento en el que transgreda su Ley, sin que por ello goce en forma masoquista, porque ya no pesaría sobre él el dolor de existir. Por lo tanto, el sádico sigue siendo instrumento del goce del Otro, donde el dolor que causa saca de la homeostasis limitante del placer, para acercarlo a ese "más" del goce a cumplir.

Antes de hacer un esquema, siguiendo el formato del que usamos para las neurosis, mencionemos cómo se presenta. A partir de lo ya dicho valen estas características según como las definimos: desafíos, transgresiones, con desparpajo, generando secretos, sembrando ser maestros del goce, en anonimato de las relaciones, generando suspenso, instruyendo o educando, gobernando instituciones o generando contratos, armando ceremonias, con apatía y frialdad

<i>Ley</i>	Violencia –hecha por el fetiche– Contrato
<i>Identif. I</i>	Madre fálica
<i>Deseo</i>	Transgresivo. Desafío, desatar la violencia en el Otro, sin límite
<i>Sostenido por (fenómeno)</i>	Fetiche: hace la ley. <i>a</i> en lo S. Instituye el Mundo
<i>Sujeto</i>	S % S, instrumento del goce del Otro
<i>Saber</i>	Usurpación del Saber
<i>N. del Padre</i>	Ocupa la f.P "hace la ley". Legislador, sin referencia al Otro ausente
<i>Fantasma</i>	Realizado. Mito: goce absoluto; alguien goce del "dolor de existir"
<i>Presentación</i>	Desafío, anonimato, contrato, secreto, suspenso
<i>Otro</i>	Voluntad de goce
<i>Falta</i>	Colmable
<i>Operador inc.</i>	<i>Verleugnung</i> de la-φ, del Ste. Renegación del deseo

## V. POSICIÓN SUBJETIVA PSICÓTICA

Partimos definiendo a las posiciones subjetivas ante una Ley, ley que está desde el principio constituyendo al deseo. Ya nos aproximamos a su versión neurótica que la lee como una prohibición y de la versión perversa que la lee como una Ley del goce. ¿Es posible plantearlo en la posición subjetiva psicótica? La pregunta es más válida aún cuando en la habitual

enumeración clínica de características que permiten delimitarla rápidamente, lo que se destacan son las carencias. Mencionemos al menos algunas:

- pérdida del juicio de realidad
- sin consciencia de enfermedad
- sin pregunta por el sentido ("síntomas" egosintónicos)
- desintegración del yo
- restitución patológica (con defecto)
- pérdida de plasticidad vital (certeza de su vivencia)
- es traído a consulta – busca un certificado de salud psíquica
- no guarda su "intimidad" (se presta a una "presentación de pacientes")

Incluso desde algunas lecturas psicoanalíticas, suele cuestionarse la posibilidad de plantear que en el psicótico se pueda hablar de sujeto de lo inconsciente, de fantasma, de deseo. Tanto el neurótico como el perverso están endeudados, a su manera, con la función paterna, por lo tanto, es claro el operar de la castración en ellos y el modo como se las ven con la Ley del padre. Pero, en los planteos sobre la posición subjetiva de la que ahora nos vamos a ocupar todo está en cuestión. Como si se dudara de la propia condición de humanos, más aún que cuando se postulaba la teoría de la degeneración o el atavismo para los "locos morales". En síntesis, pareciera que quepa la pregunta: ¿El psicótico participa del mundo humano o es sólo un ser adiestrable? Es más, dados los importantísimos avances de las neurociencias hay quienes postulan que la etiología sólo se la puede plantear desde la biología, así como también, son desde esa disciplina las únicas expectativas de un tratamiento posible. Tales diseños confirman más aún el problema que nos planteamos.

Puede ser útil un breve recorrido por el empleo del término, el cual, es usado en 1845 por von Feuchtersleben para diferenciarlo de neurosis, en forma no discriminada del de psicopatía, también de su cosecha. Cambia la nominación del espectro que, hasta ese momento, cubría el de vesania el cual comprendía a las afecciones del entendimiento y el juicio de la clasificación pionera de Cullen –1777 *First lines in the practice of physic*–. Este último la ubicaba junto a otras tres dolencias: comas, adinamias y espasmos, conformando entre las cuatro a lo que nombraba como "las neurosis". Hoy puede llamar la atención porque se las considera como dos extremos tanto en gravedad como en compromiso orgánico, pero hasta avanzado el siglo XIX la psicosis entraba dentro de las neurosis. Cobró valor esta oposición cuando tomó peso la corriente que acentuó la etiología orgánica dentro de la psiquiatría. En Kraepelin por ejemplo, además de sis-

tematizarla y diferenciar como “locura” los fenómenos delirantes que quedan del lado de la neurosis –las cuales tenían el fundamento orgánico desconocido–. Las psicosis tenían un fundamento orgánico supuesto, desprendido del paradigma infeccioso de la parálisis general progresiva. Por lo tanto, la diferencia entre neurosis y psicosis comienza siendo más etiológica que clínica. Fue Freud el que revalorizó el concepto de neurosis, en un principio como psiconeurosis donde, según los textos, aparecían las histerias, obsesiones, paranoias, luego también con una noción –que no prosperó– como la de neurosis narcisistas, en especial para la melancolía; su importancia está marcada en los artículos clásicos de 1924<sup>57</sup>. Siguiendo su investigación, es tal vez Lacan el que da algunos elementos nuevos que permiten avanzar.

Contestes a lo que venimos desarrollando, para abordarlo vamos a retomar planteos anteriores. Tendremos en cuenta que la constitución del sujeto es desde el Otro, que la Ley opera desde el principio y es desde ella que se forma el deseo, no siendo una sola la manera en que esto ocurre. Al plantear las posiciones subjetivas ante este deseo del Otro y la operatoria de esta Ley de castración, lo hicimos según su inscripción significativa, de las que ya describimos a dos de ellas, la neurótica desde el retorno de lo reprimido en el síntoma efectivizando la represión (*Verdrängung*) y, la perversa desde el fetiche efectivizando la renegación (*Verleugnung*).

[...] en lo inconsciente, todo no está tan sólo reprimido, es decir desconocido por el sujeto luego de haber sido verbalizado, sino que hay que admitir, detrás del proceso de verbalización, una *Bejahung* primordial, una admisión en el sentido de lo simbólico, que puede a su vez faltar. [...] Puede ocurrir que un sujeto rehuse el acceso, a su mundo simbólico, de algo que sin embargo experimentó, y que en esta oportunidad no es ni más ni menos que la amenaza de castración. [...]

Lo que cae bajo la acción de la represión retorna, pues la represión y el retorno de lo reprimido no son sino el derecho y el revés de una misma cosa. [...] En cambio, lo que cae bajo la acción de la *Verwerfung* tiene un destino totalmente diferente. .... todo lo rehusado en el orden simbólico, en el sentido de la *Verwerfung*, reaparece en lo real<sup>58</sup>.

Esta cita de Lacan puntúa algunos mojones que van a permitir orientarnos. Cuando hablamos de inconsciente, por lo tanto de sujeto y también de deseo, no sólo podemos pensarlo desde lo reprimido, ya lo hicimos desde

57. Neurosis y psicosis. La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis.

58. Lacan, J. Seminario 3. La psicosis. Paidós. Barcelona. 1984, págs. 25y 26.

lo renegado y ahora confrontamos con otra situación, la de lo que “reaparece en lo real”, no ajeno al orden simbólico –humano por cierto– “bajo la acción de la *Verwerfung*”. Este término alemán ha recibido distintas traducciones, tomamos una de ellas, la de forclusión<sup>59</sup>. Así como la represión está ligada al síntoma, y la renegación al fetiche, tendremos que investigar qué fenómeno está ligado al mecanismo inconsciente llamado forclusión, cómo es su modo de operar y qué ocurre con el saber en juego.

Cuando en la cita dice: “en lo real”, cabe preguntar: ¿este real es equivalente a la realidad del juicio antes mencionado? Sabemos que está en juego la castración, por lo tanto la Ley, pero nuestro autor ubica una afirmación (*Bejahung*) primordial que pone en relación a lo que ocurre con un orden constituyente vivido; ahora lo consignamos, más adelante lo retomaremos.

Para captar mejor estos difíciles articuladores teóricos vamos a relevar, de un psicoanalista que ha trabajado el tema, un fragmento clínico del desencadenamiento de una psicosis. Es en un analizante en el momento en que el analista antes de Pascua le dice: “Nos detenemos aquí; retomamos después de las vacaciones”

En el momento en que se le dijo “nos detenemos aquí”, cuando se ejemplificó, para él, la imposibilidad de habla que podría hacerlo advenir como sujeto, al separarse del psicoanalista definido como padre terrible, acudió a la casa de su padre, también él definido como voz y mirada terribles. Miró a aquel hombre que ante él hacía palabras cruzadas. Le destinó una mirada que evidentemente no era un llamado; lo miró sin poder invocarlo en una palabra articulada [...] Invocó al padre, no a ese padre que estaba ante él, sino al Padre. “¡Padre!”, dijo interiormente. Entonces le llegó la respuesta terrible a esa invocación: “¡Hijo!” Respuesta alucinatoria que le hizo sentirse como proyectado en pedazos, con riesgo de que el cuerpo se esparciera en el mundo de los objetos. Cuando se rehizo, se desencadenó una lucha a muerte. “¡No cederé!”, gritó, advirtiendo su propia decepción ante el hecho de que un adversario tan fabuloso tomara la forma misma de la voz paterna. Por la noche, tranquilizado, agotado por el combate, la voz se manifestó de nuevo, ordenándole –dijo él– que se arrojara por la ventana. Un examen atento mostrará que la voz no había dicho nada: voz pura, voz inefable, puro objeto terrible por la cual y a la cual su cuerpo esparcido en el mundo de los objetos respondió: “Por la ventana”. Voz pura que catapultó el cuerpo de la caída. Recuerdo del sueño de la basura que la madre arrojaba por la ventana, y del cual había dicho: “Hablar hace nacer

59. Para una discusión crítica del tema ver: Rabant, C. Inventar lo real. La desestimación entre perversión y psicosis. Nueva Visión. Buenos Aires. 1993.

[en francés *faire naître* (hacer nacer) es homofónico de *fenêtre* (ventana)], el habla es fecunda, pero no para mí". En el momento en que se manifiesta la voz pura, el cuerpo del sujeto traduce la ausencia radical de simbolización de esta frase, punto de acto en el que *hablar hace nacer* se resuelve en un letal *por la ventana*. Ya en el suelo, vivo, en plena hipomanía exclamó [...] "Soy el Cristo vivo resucitado" <sup>60</sup>.

Es necesario escuchar para poder captar cómo se desencadenó, y no quedar con el horror de la situación que llamamos brote. Suena tan incomprendible – pensemos en las precisiones de Jaspers diferenciando proceso psíquico y desarrollo –, que parece algo surgido de otro lado, distinto a un retorno de lo psíquico, aunque esto fuera inconsciente como sucede en las neurosis. Y algo así ocurre, pero, el retorno en las neurosis es desde lo Simbólico – empleando las notaciones de Lacan – y, en situaciones como las de este paciente, es un retorno *en lo Real*. El analista da cuenta de una relación transferencial donde estaba presente un padre terrible, y lo Padre tomó una participación central de la que habremos de ocuparnos.

El fenómeno que se destaca es el de *la voz*, pero no es esa voz que un semiotécnico principiante suele preguntar como: "¿escucha voces?". Es una "voz pura, voz inefable, puro objeto terrible", que no está articulada en palabras, no está significantizada en una frase, ésta vendrá después. Se trata de una *alucinación verbal* – no auditiva –, teniendo en cuenta que no la consideraremos como una alteración de la percepción, o un engaño en la realidad, sino como lo que se opone al mundo de la percepción. Para poder entender esta afirmación tan difícil detengámonos un momento en algunas consideraciones sobre cómo se organiza el mundo de la percepción.

[Al suponer] que una alucinación es un *perceptum* sin objeto, esas posiciones se atienen a pedir razón al *percipiens* de ese *perceptum*, sin que a nadie se le ocurra que en esa pesquisa se salta un tiempo, el de interrogarse sobre si el *perceptum* mismo deja un sentido unívoco al *percipiens* aquí conminado a explicarlo.

Este tiempo debería parecer sin embargo legítimo a todo examen no prevenido de la alucinación verbal, por el hecho de que no es reductible, como vamos a verlo, ni a un *sensorium* particular ni sobre todo a un *percipiens* en cuanto que le daría su unidad <sup>61</sup>.

60. Czermak, M. Estudios psicoanalíticos de las psicosis. Posiciones del objeto. Nueva Visión. Buenos Aires. 1987. Pág. 72.

61. Lacan, J. "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". Escritos II... Pág. 514.

Hay toda una tradición – ubicándose en Esquirol el fin de una gran polisemia para este fenómeno –, que define a la alucinación como una "percepción sin objeto" <sup>62</sup>. Como hecho clínico es muy variado y por supuesto – tanto como el delirio – no es patrimonio de la psicosis. Incluso, autores que no aceptan la posibilidad de una revelación divina, no dejan de considerar místicos a Teresa de Ávila o a Juan de la Cruz por presentarlas, aunque, en la época del paradigma de la alienación mental se los catalogaba de "visionarios". Al realizar clasificaciones sobre las alucinaciones, se partió de los distintos órganos sensoriales, con la premisa incluso de que la unidad perceptiva estaría dado por quien percibe. Sin embargo, ¿tiene un lugar el *perceptum* mismo?, ¿es unívoco? Vamos a postular cómo es posible sostener un mundo de la percepción ordenado – lo cual no viene de por sí, como lo querría un realismo ingenuo – y de ese modo diferenciarlo del concepto de Real. Podremos así entender este planteo – que puede parecer enigmático – sobre la alucinación psicótica por fuera del mundo perceptivo. Antes, diferenciamos:

Alucinación { Percepción sin objeto  
ó  
Fuera del mundo perceptivo

El sistema del mundo freudiano, es decir, del mundo de nuestra experiencia, es que se trata de reencontrar este objeto, *das Ding*, en tanto otro absoluto del sujeto. [...] Y si al fin de cuentas no hay algo que lo alucine en tanto que sistema de referencia, ningún mundo de la percepción llegará a ordenarse, a constituirse de una manera humana, de una manera válida, dado ese mundo de la percepción como correlativo, como dependiente, como referencia a esta alucinación fundamental sin la cual no habría ninguna atención disponible <sup>63</sup>.

Veamos qué significa *la alucinación fundamental*, que sostiene al mundo de la percepción. Si recordamos la constitución del aparato psíquico freudiano, el deseo es definido como la experiencia alucinatoria de la primera vivencia de satisfacción <sup>64</sup>. Sin embargo, esta alucinación que encuentra en el soñar, ¿es la misma que la alucinación psicótica? Su homologación ha traído grandes problemas, así como cuando se quiso pensar las psico-

62. Para estudiar la evolución histórica del problema de las alucinaciones ver: Lanteri-Laura, G. Las alucinaciones. Fondo de cultura económica. México. 1994. Primera parte.

63. Lacan, J. Seminario 7. clase 9-12-59 corresponde a p. 68 de Paidós.

64. Hipótesis que Freud sostiene desde el Proyecto de una psicología, La interpretación de los sueños, Los dos principios del suceder psíquico, hasta textos posteriores.

sis con las mismas categorías de las neurosis. Esa alucinación sí se corresponde con la constitución del mundo donde se da un reencuentro. Hay es, en términos freudianos, un mundo donde se da un reencuentro. Hay primero una inscripción de la representación, *Vorstellung* y luego una remisión a la *Vorstellung-repräsentanz*, a un representante de la representación que permite el ordenamiento desde un lugar de sujeto dividido. En tal alucinación se ubica la que Lacan llama alucinación fundamental –distinta a la psicótica–, como sistema de referencia simbólico, por la posibilidad que da la negatividad simbólica, la *Bejahung* primordial –juicio de atribución– de la primera cita<sup>65</sup>. Si la representación fuera punto a punto con las cosas, mejor aún, si el significante sólo nominara a las cosas, no se podría salir de un funcionamiento signico, más próximo de la formalización “estimulica” que Zubiri describe para el animal, no para el hombre al que llama “animal de realidades”. Es necesario expulsar el significado único, desde el que se anticipa como exclusivo –sin siquiera registrar que se lo está haciendo– para poder tener un atisbo de libertad. Dicho en terminología freudiana: por la operatoria de la represión primordial es que nos movemos en la realidad. Lo Real, en cambio, es exterior a esta operatoria –aunque no sin su marca–, lo cual no es exclusivo de la alucinación, pues también participa en otros procesos.

Con la mención a *das Ding* –la Cosa– se está refiriendo a ese primer momento mítico, pero también a su operatoria posterior. Ese lugar es ocupado por el Otro primordial, la madre, insistimos, la madre no es la Cosa, sino que ocupa el lugar<sup>66</sup>. Si bien lo hace como Otro experimentado que desde lo Simbólico constituido atiende a su hijo, no lo hace como simple cuidadora, sino inscribiéndolo en una historia<sup>67</sup>. Esta comienza cuando los padres desean tener a un hijo, poniéndole un nombre, imaginándole un cuerpo, gustos, profesión, incluso antes de concebirlo. En realidad, es a través de ellos que se da una transmisión transgeneracional, de la cual también ellos son parte. El lugar para el hijo es el de ser el significante de su falta, de ser el falo que viene a colmar a la Madre –dada su *penis-*

65. Freud lo trabaja en el artículo sobre la denegación –traducido La negación– donde postula la función del juicio, retomando cuestiones que ya trabajó en el Proyecto..., donde a partir de una expulsión (*Ausstossung*) de lo que rechaza, en función primero de la atribución –lo cual ya implica la existencia–, da lugar a un adentro y a un afuera constituidos en el mismo movimiento, homologando el afuera con lo que rechazó, lo malo, lo ajeno.

66. Nos servimos para esta diferenciación de la realidad y lo real de: Pommier, G. Qué es lo “Real” Ensayo psicoanalítico. Nueva Visión. Buenos Aires. 2005.

67. Ver la noción de acción específica en el capítulo 8 sobre acto, procreación en el capítulo 21 sobre matrimonio canónico en el punto II.5 y en el capítulo 15 sobre adopción.

*neid* diría Freud–. Le otorga así una significación y también una supuesta plenitud al “hacer uno” con ella, en un empuje que continuará presente en la pulsión, de un modo diferente a lo que implica la necesidad. Por cierto que la madre no tiene falo, por lo tanto, este lugar al que es llamado –al que es demandado por el amor de la madre– esta identificación fálica, es a una nada<sup>68</sup>.

Tenemos así el origen de la pulsión, en ese goce, más allá de la satisfacción de la necesidad, que está presente en la experiencia a partir de la demanda del Otro y que continúa en la búsqueda de esa mítica unidad. Pulsión que no procede de la necesidad, sino que se apoya en ella, pero que viene del Otro primordial. Es en su cuerpo donde esa significación fálica se encarna, haciéndolo en tal movimiento un cuerpo libidinal. Sabemos lo problemático que resulta cuando la madre sólo lee la vida del niño desde las necesidades, sean alimenticias o excretoras, alterando tal pasaje de constitución. Si bien es esencial que sea tomado en ese lugar fálico, por la misma condición de nada que le implica tal identificación –de quedarse es mortífero–, es que se divide entre: ese lugar ideal propuesto por la ilusión materna –lugar de determinismo absoluto–, y la negación de tales determinismos en un rechazo. ¿Cómo se puede captar el rechazo? En el grito del bebé que, si bien traduce su desamparo, en el registro que de él tiene el adulto, también se percibe la violencia en que es rehusada la ayuda que se le ofrece.

En un principio, mientras la demanda del Otro origina la pulsión, no hay un adentro ni un afuera. Es a partir de la expulsión del exceso de goce de la representación del cuerpo que es rechazada esa significación que le vino desde el Otro, invistiendo de ese modo el “afuera” ahora constituido. El mundo queda, entonces, habitado por la pulsión y en ese mismo movimiento se separa de su propio cuerpo. Es el momento a partir del cual la percepción buscará recuperar lo incomprensible expulsado, en ese Real donde está la pulsión rechazada como condición para poder ser consciente –lo que continúa ocurriendo toda la vida–. A partir de tal significación, y por un movimiento de retorno, se construye un “adentro”, “realidad psíquica” sustraída a ese Real; por cierto, es un movimiento sin consciencia de ello, para constituirse en consciente de lo que aparece en sus sensaciones. Dicho de otra manera, el origen está en el significante que viene del Otro, y ante la experiencia de la falta en el Otro –la castración del Otro–, ese lugar de nadiación, se constituye lo Real como esa experiencia de la falta donde se hubiera dado la plenitud, experiencia de la *alucinación de*

68. Para el concepto de falo el punto II del cap. 5. No complejizamos el texto con la función de objeto a, pero cabe recordarlo.

la Cosa, la alucinación fundamental. Tal será el sistema de referencia que ordenará el mundo de la percepción, ya que subsistirá un significante en el momento que la falta conduce a la alucinación.

Este proceso no es gratuito, tiene el costo de una deuda por haber traicionado el amor al rechazarlo. Cuando la Cosa se divide, prácticamente en un estallido, se la busca en las cosas del mundo, donde hay una exclusión, es el sujeto que queda excluido del mundo. El sujeto también se divide, adoptando los significantes que vienen del Otro, al quedar exiliado de aquel amor, habitando desde entonces una morada que se trama de palabras, entrando así en una historia.

Para esto, hay una pregunta fundamental: ¿por qué la demanda materna? O, dicho de otro modo, ¿por qué la castración materna?, ya que si demanda es porque está en falta. La respuesta es que hay un castrador, el Padre, el cual es pedido por la experiencia misma más allá que lo haya o no en la empiria. La intervención del padre, por lo tanto, es salvadora pues, de ser gozado en una posición objetivante y acéfala —momento de constitución de la pulsión a partir de la Cosa—, pasa a tener un rival con el que se puede identificar y desde donde ser activo y tener un lugar subjetivo —en Freud es el lugar de la identificación primaria. El significante que permite tal orden es el significante del Nombre del Padre.

¿Cuáles serán los primeros objetos del mundo que manejará? Serán sus propios sonidos, desprendidos de su cuerpo, pudiendo luego jugar con otros objetos, ya que, el empleo de la mano es posterior. Ante el Real que lo impulsa queriendo devorarlo, desde un fantasma subjetivo pondrá una pantalla —realidad psíquica en Freud— que dejará del otro lado a la alucinación, la cual seguirá haciéndose presente en muchos momentos de la vida, por ejemplo, brillando ante lo que llamamos belleza o en lo que genera una inquietante extrañeza. Para finalizar, la alucinación de la Cosa queda como un fondo del mundo de la percepción, mundo al que el significante del Nombre-del-Padre le da continuidad y permite anticipar su significado.

¿La alucinación que observamos en el fragmento clínico responde a estas características de la alucinación fundamental? ¿Es diferente esta alucinación de la Cosa y la alucinación psicótica? La voz que surge es “pura, voz inefable”, no una voz que escucha en el mundo, por eso Lacan se refiere a alucinación verbal y no auditiva. Es “verbal” por el orden significante y no por el sensorio que participaría. A partir del desarrollo anterior comprendemos esa frase enigmática de Czermak: “puro objeto terrible por el cual y a la cual su cuerpo esparcido en el mundo de los objetos...” Hay un estallido de lo simbólico, no hay una pantalla fantasmática que lo proteja y sigue el destino de esa voz que se le impone.

Pero ¿qué sucede pues con lo que no es dejado ser en esa *Bejahung*? [...] la castración aquí cercenada por el sujeto de los límites mismos de lo posible, pero igualmente por ello sustraída a las posibilidades de la palabra, va a reaparecer en lo real, erráticamente...<sup>69</sup>

Páginas más adelante, en este mismo texto, Lacan menciona tres características del fenómeno alucinatorio psicótico: “aparece” en forma abrupta, repentina, rompiendo la continuidad del mundo, lo deja al sujeto en un “mutismo aterrado” —no puede hablar de lo que queda por fuera del significado— y lo precipita en un “abismo temporal” al que le falta tanto un referente como un sujeto.

¿Por qué decíamos que no es una patología de la percepción? Porque quien la vive no la homologa a los objetos de la realidad cotidiana, no lo considera como a un objeto más del mundo. Si “ve” en la calle un león no sale corriendo de susto, sino que en ese repentismo de la alucinación, tiene certeza de su creencia, pero queda aterrado de ello como lo externo más propio que lo arroja en un abismo<sup>70</sup>. En el *Seminario 22* Lacan hace una diferencia fundamental para la transferencia ente neurosis y psicosis a partir de sostener que el neurótico cree en el síntoma (*croire à*), cree allí (*croire y*), en el saber que porta, en cambio, el psicótico le cree a las voces, las cree (*le croire*), agregando que: crearla es un modo de no estar solo<sup>71</sup>. Escuchar a quien está viviendo este desgarrar genera angustia, ya que no demanda como lo hace el neurótico, sino que está sumido en el imperativo de su voz, al que vive de modo intrusivo, insultante. Se hundió tanto su mundo, como los significados atribuidos, donde el significante del Nombre-del-Padre debería poner un orden. Por lo tanto, es ésta referencia la que no opera, con lo cual confrontaría directamente con la Cosa, donde escaparía al significado. La alucinación psicótica se interpone como un significante del deseo en lo real, intentando evitar, de un modo extremo, la castración del Otro.

Antes de intentar entender cómo esto es posible, para lo que trabajaremos la noción de forclusión, veamos primero *qué sucedió para que se desencadene la psicosis*. Cuando no pudo hablar ante su analista, padre terrible en la transferencia —voz y mirada—, va a la casa de su padre donde invoca al Padre, apareciéndole una voz alucinatoria que lo fragmenta. “¡Hijo!” ¿Qué sucedió?

69. Lacan, J. Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud. Escritos II... pág. 372.

70. Foulkes, E. El saber de lo real. Una reflexión sobre la clínica de la psicosis y el fenómeno psicósomático. Nueva Visión. 1993. Pág. 67.

71. Lacan, J. Seminario 22. R.S.I inédito, clase del 21 de enero de 1975



Tratemos de concebir ahora una circunstancia de la posición subjetiva en que, al llamado del Nombre-del-Padre responda, no la ausencia del padre real, pues esta ausencia es más que compatible con la presencia del significante, sino la carencia del significante mismo<sup>72</sup>.

¿En qué posición subjetiva se encuentra? En la del que ejecuta un “llamado”, una apelación a un significante, el significante ordenador, el significante del Nombre-del-Padre, el cual no responde porque carece de él. Redundemos en la aclaración de la cita misma, se trata de la operatoria del significante, no del “papá”, al que menciona como el padre real, que en este caso estaba delante de esta persona. ¿Qué se hace presente? Una voz, “Hijo”, que le presentifica a ese que Lacan llama *Un-padre*, escribiéndolo con mayúscula. Destaca su posición tercera en cualquier relación imaginaria que se pueda presentar en el campo de agresión erotizada, propio de las relaciones de la pareja imaginaria de yo-objeto o ideal-realidad. Hay varias cuestiones a responder: mencionamos “desencadenante”, con lo cual suponemos que algo ya sucedía y ahora se desencadenó, es distinto de “se enfermó ahora”; en segundo lugar, que es por la aparición casual de un encuentro –con Un-padre– que esto ocurrió; y en tercer lugar que debemos mencionar a la causa específica de tal suceso, porque sólo conocemos hasta ahora lo que lo desencadenó.

Comencemos por lo que significa Un-padre, pues es una formalización, que en este caso es “ante el padre real”, pero las situaciones son múltiples: sea la de ese hombre que cuando la mujer al final del embarazo de su segundo hijo le dice “vas a tener que hacerte cargo de tu hijo”, refiriéndose al primero, dado que ya se aproximaba el parto, y ahí aparece en él ese Un-padre encarnado en el lugar que no había ocupado en persona; o como en Schreber al tener que asumir responsabilidades; también al haber hecho un descubrimiento o invento del que se es “padre”, como ocurre en varios sabios psicóticos; o aún como en esas situaciones que menciona Lacan donde la muchacha enamorada se encuentra con el “padre del muchacho” por ejemplo. ¿Qué sucedió?

Para que la psicosis se desencadene, es necesario que el Nombre-del-Padre, *verworfen*, precluido [forcluido], es decir sin haber llegado nunca al lugar del Otro, sea llamado allí en oposición simbólica al sujeto<sup>73</sup>

72. Lacan, J. De una cuestión... Pág. 539. Por el valor didáctico de este texto nos remitimos sólo al paradigma de Un-Padre, la clínica es más compleja.

73. Lacan, J. De una cuestión... Pág. 558.

*El significante del Nombre-del-Padre está forcluido*, agregando algo fundamental, nunca llego al “lugar del Otro”. Sin embargo, a partir de tal formulación se abren dos posibilidades: una es que hay un vacío de origen en el significante, con lo cual no habría de lo simbólico en esta posición subjetiva, por lo cual tampoco se podría plantear la castración. Sin embargo, la otra posibilidad está abierta cuando Lacan plantea la necesidad de que haya habido alguna “experiencia” de la castración y que rechace su acceso<sup>74</sup>. Además, la clínica muestra que quien está en la posición subjetiva psicótica no está ajeno al sentido, aunque el problema esté en asumir su lugar y la significación compartida. Por lo cual, el Nombre-del-Padre fue planteado, de alguna manera, aunque “no quiera saber nada de eso”<sup>75</sup>. En Lacan el término forclusión proviene de la gramática francesa como uno de los modos de la negación, a la manera de un escotoma –en referencia a hechos que no se asumen como formando parte de la realidad, o al que se le excluye incidencia en el futuro–. También se emplea a nivel jurídico y, por analogía sirve para acercarse al concepto, en ese campo se utiliza, por ejemplo, cuando una prueba es entregada fuera de tiempo, lo cual no le quita existencia pero sí eficacia simbólica, “no a lugar”, “no sabemos nada de eso”, aunque ese saber esté presente. Lo encontramos en los llamados *fenómenos elementales* a los que Lacan mencionaba como frecuentes antes de que se desencadene, y en el decir donde se manifiesta como neologismos, frases estereotipadas, la ausencia de metáforas<sup>76</sup>. En su tesis doctoral ya había trabajado al respecto el automatismo mental de Clérambault.

Estamos contestando la primera de las tres últimas preguntas, si es desencadenamiento es porque ya algo sucedía, es *una posición subjetiva previa al llamado a Un-padre*, aunque clínicamente no se hayan presentado alucinaciones ni delirios. No vamos a entrar en tema, pero la herrancia –diagnosticada a veces como psicopatía o rarezas– es una condición muy importante para pensarlo<sup>77</sup>. Si se presenta esta falla en lo Simbólico, como en el fragmento clínico, al no poder “hablar” ante Un-padre, en su caso sólo le queda un habla sin articular palabras –como voz tiránica– y en lo Real del precipitarse por la ventana. Sigamos a Czermak:

74. Lacan, J. Seminario 3... clase 1. Cita 58.

75. La manera de pensar al padre en Lacan alcanza hasta sus últimos seminarios, damos acá una primera versión con sentido pedagógico, pero luego pluraliza el Nombre-del-Padre por los nombres y más aún habla del Padre del nombre, así como que los nombres del padre son los tres registros, pero excede este desarrollo actual, conservamos la forclusión del significante del Nombre-del-Padre.

76. Ver Czermak, M. Estudios psicoanalíticos... Cap. VII. “Acerca de algunos fenómenos elementales de la psicosis”.

77. Ver Calligaris C. Introducción a una clínica diferencial de las psicosis. Nueva Visión, Bs.As.1989.

No habla infecunda, sino voz tiránica, calificada, del padre divino que realiza su coalescencia con el primer Otro materno, fijando al hijo como basura, desecho por evacuar en un nuevo nacimiento delirante. Entonces, matado sin estar muerto, nuestro joven reinició su lucha con Dios, clamando: "Cristo vivo, resucitado, no cederé". Conflicto de entrada letal, en el que el "hablar hace nacer" no simbolizado, desimbolizado, reducido a un puro mandato inarticulado, pone en acto la caída del desecho del objeto primordial. Coalescencia de la voz pura, del puro mandato y de los objetos primordiales que tratan de clavarse en una tentativa desesperada<sup>78</sup>.

"Nuevo nacimiento delirante". *Alucinación no es delirio*. Recordemos que para Freud era la tentativa de "curación", de reconstruir un mundo luego del retorno de la libido al yo, que genera tanto la pérdida de la realidad compartida como la megalomanía. Lacan habla de *metáfora delirante*:

Es la falta del Nombre-del-Padre en ese lugar la que, por el agujero que abre en el significado, inicia la cascada de los retoques del significante de donde procede el desastre creciente de lo imaginario, hasta que se alcance el nivel en que significante y significado se estabilizan en la metáfora delirante<sup>79</sup>.

El delirio, la metáfora delirante, trae una estabilización, pero caben aclaraciones porque se trata de que, lo que falló fue la metáfora paterna y ahora postula una "metáfora" también. Hay que tener en cuenta que los alcances de ésta no son los mismos porque, para la primera lo que sucede es un orden de sustitución –el Nombre-del-Padre por el Deseo de la Madre– en cambio, ahora lo que ocurre es que se estabilizan significante y significado, lo cual marca una rigidez, aunque, por cierto, le permita orientarse en el mundo. Una segunda indicación importante es que estamos ante un desastre de lo imaginario –no ante una invasión del mismo como suele postularse–, siendo el delirio algo tal vez no tan segundo, sino que, si prestamos atención al estudio de los fenómenos elementales, captaremos prematuramente su aparición. Lo que sí marca la formulación delirante es el *contenido del fantasma*, al que no sólo no tiene inconveniente en contar –a diferencia del neurótico– sino que *requiere de testigos* ante ello, por lo que da cabida a las llamadas "presentaciones de pacientes" en el hospital. Estas están en función a su relación al saber, que en el neurótico era supuesto al Otro, en la perversión lo intentaba usurpar y ahora lo pretende un saber total –le cree a las voces, las cree (*le croire*)–, en un discurso

78. Czermak, M. Estudios psicoanalíticos... Pág. 73.  
79. Lacan, J. De una cuestión... Pág. 558-9.

que no tiene corte –enloquecedor– y sin un sujeto que se haga responsable. Como en todo fantasma, es en él donde leemos el deseo, que puede llamarse un *deseo delirante* –donde aparece en su brutalidad el deseo del Otro– y se manifiesta en la *certeza con una hipertrofia yoica*.

En la escritura fallida de la metáfora paterna se puede leer la no represión del falo, dado al no darse la sustitución, con lo cual este *falo como significante por fuera de lo simbólico se constituye en el lugar de la identificación imaginaria*<sup>80</sup>. Aunque se corra de ser el sujeto de la castración, esta no deja de operar, por más que pretenda positivizar al falo y sólo quedarse con esa cara.

Siguiendo a Maleval, es posible hacer una diferenciación en la presentación del fenómeno delirante en tanto delirio onírico tal como se presenta, por ejemplo, en la histeria, la locura histérica y el modo disociativo en que lo hace en la psicosis, que para no extender el texto sólo lo hago transcribiendo un cuadro que construyera para otra publicación<sup>81</sup>.

80. No confundir cuando se capta la dificultad de la significación que siempre es fálica, en tanto el lugar por fuera que permite dar orden a todos los significantes, lo cual sí permite, desde otro punto de partida, plantear que no habría recorte del falo en la psicosis.  
81. Maleval, J.-C. *Locuras histéricas y psicosis disociativas*. Paidós. 1987. Buenos Aires. Ver también: Rubio J.M. "La desaparición de la histeria" En: Espiño G. (compilador). *La clínica al borde del siglo*. Letra Viva Ediciones, Buenos Aires, 1999. 123 - 135.

LOCURA HISTÉRICA

PSICOSIS

- |   |  |
|---|--|
| <ol style="list-style-type: none"> <li>1. Operador Inconsciente : <i>Represión</i>.</li> <li>2. Desencadenante: culpabilidad con deseos eróticos (preservar los insatisfechos). <i>Falta la falta</i>.</li> <li>3. Discurso inscripto en la <i>Diacronía</i>. Hay estratificación histórica. Inversión fálica de la imagen especular.</li> <li>4. Sintaxis por lo general respetada. Exuberancia de lo imaginario. Puede haber neologismos.</li> <li>5. Delirio no disociado. Pueden revelar las significaciones latentes. En acción, "estado onírico".</li> <li>6. Construcción: <i>metafórica</i></li> <li>7. Trastornos en la <i>Significación</i>, compartida.</li> <li>8. <i>Proyección</i> de elementos reprimidos.</li> <li>9. <i>Significante fálico</i> ordenador.</li> <li>10. "Disociación" pasajera.</li> </ol> | <ol style="list-style-type: none"> <li>1. Operador Inconsciente : <i>Forclusión</i>.</li> <li>2. Desencadenante: aparición de Unpadre en lo real. Angustia de <i>nadificación</i>.</li> <li>3. Discurso inscripto en la <i>Sincronía</i>. Reifica sus fantasmas</li> <li>4. Lenguaje delirante: neologismos, estribillos y repeticiones estereotipadas.</li> <li>5. <i>Delirio disociado</i>. Ruptura radical entre el yo y el Otro. Consciencia "disociada" del sentido.</li> <li>6. Construcción : <i>metonímica</i>.</li> <li>7. <i>Cadena Significante</i> desestructurada.</li> <li>8. <i>Retorno</i> de elementos forcluidos</li> <li>9. En el lugar del Otro responde un <i>agujero</i>.</li> <li>10. Disociación "estable".</li> </ol> |
|---|--|

Antes de finalizar completando el esquema que ya hicimos para neurosis y perversión ahora con las psicosis, tomemos como síntesis un fragmento de Juranville que ha servido de guía de estas líneas:

La psicosis, la perversión y la neurosis se manifestaron como estructuras existenciales en las que el significante del deseo, constituyente esencial de la palabra del sujeto, es rechazado de su discurso. Cuando la palabra se mantiene en una relación de palabra a palabra, pero bloqueada en el síntoma, se trata de la neurosis; cuando subsiste aún, pero como palabra que ya no se dirige al Otro presente, se trata de la perversión; o bien, último caso, la palabra misma se deshace, se anula la emergencia del significado implicada por una verdadera palabra y ya no queda más que el significante del deseo: alucinación de la psicosis<sup>82</sup>.

82. Juranville, A. Lacan y... Pág. 226.

	NEUROSIS	PERVERSIÓN	PSICOSIS
<i>Ley</i>	Interdicción	Violencia-contrato	¿
<i>Identif. I</i>	P. R.	M. F.	φ
<i>Deseo</i>	Interdicto: -Prevenido -Insatisfecho -Imposible	Transgresivo. Desafío, desatar la violencia en el Otro. sin límite	Delirante
<i>Sostenido por Fenómeno</i>	Síntoma, inhibición angustia. Formación Sustitutiva. "Cree en"	Fetichismo: hace la ley en lo S Instrumento del Mundo	Alucinación, delirio "le cree..."
<i>Sujeto</i>	S, filiación, efecto del saber inconsciente	S % S, instrumento del j(A)	Herrante, con certeza, hipertrofia del yo
<i>Saber</i>	SsS (referencia P)	Usurpación del Saber	Construir, recorrer la red de Saber Total
<i>N. del Padre</i>	f.P en lo S. Metáfora P	ocupa la f.P "hace la ley" Legislador, sin referencia al Otro ausente	f.P: S <sub>1</sub> en lo Real. Un Padre. Él su propio P
<i>Fantasma</i>	Demandado en su deseo Goce imposible	Realizado-mito del goce absoluto. Que alguien goce del "dolor de existir"	en el delirio-necesita testigo
<i>Presentación</i>	Queja (drama)	Desafío, anonimato, contrato Secreto, suspenso	Herrancia-Rigidez Infinito no idealizado
<i>Otro</i>	En ausencia Sometedor	Voluntad de goce	desde lo Real
<i>Falta</i>	como frustración	Colmable	Agujero
<i>Operador inc.</i>	<i>Verdrängung</i> Represión	<i>Verleugnung</i> Renegación	<i>Verwerfung</i> Forclusión